

8187

ADMINISTRACION  
LÍRICO-DRAMÁTICA

---

# PAN Y TOROS

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOSE PICÓN

MÚSICA DEL MAESTRO

DON FRANCISCO ASENJO BARBIERI

---

SEXTA EDICIÓN

---

MADRID  
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

1889

5



PAN Y TOROS

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

EL SOLTERÓN.  
LA GUERRA DE LOS SOMBREROS.  
MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE.  
ENTRE LA ESPADA Y LA PARED. (Silbada.)  
ANARQUÍA CONYUGAL.  
UN CONCIERTO CASERO.  
LA ISLA DE SAN BALADRÁN.  
LA CORTE DE LOS MILAGROS.  
LA DOBLE VISTA.  
EL MÉDICO DE LAS DAMAS.  
PAN Y TOROS.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# PAN Y TOROS

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. JOSÉ PICÓN

MÚSICA DEL MAESTRO

D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI

Representada por primera vez en el Teatro de LA ZARZUELA  
el 22 de Diciembre de 1864.

---

SEXTA EDICIÓN

---

MADRID  
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ  
*Atocha, 100, principal.*

1889

PERSONAJES

ACTORES

DOÑA PEPITA.....	DOÑA	TERESA ISTÚRIZ.
LA PRINCESA DE LUZÁN...	»	MANUELA CHECA.
LA TIRANA.....	»	DOLORES FERNÁNDEZ.
LA DUQUESA.....	»	MARÍA BARDÁN.
LA CIEGA.....	»	CAROLINA LUJÁN.
EL CAPITÁN PEÑARANDA...	DON	MODESTO LANDA.
GOYA.....	»	RAMÓN CUBERO.
EL ABATE CIRUELA.....	»	VICENTE CALTAÑAZOR.
EL CORREGIDOR QUIÑONES.	»	FRANCISCO ARDERÍUS.
JOVELLANOS.....	»	FRANCISCO CALVET.
PEPE-HILLO.....	»	FRANCISCO SALAS.
PEDRO ROMERO.....	»	JOSÉ ROCHEL.
COSTILLARES.....	»	FERNANDO PRIETO.
EL GENERAL.....	»	FERNANDO JIMÉNEZ.
PADRE CIEGO.....	»	JUAN OREJÓN.
NIÑO CIEGO.....	»	MANUEL GERALDO.
SANTERO.....	»	JULIÁN CUBERO.
UN MANOLO.....	»	MARIANO ROMERO.
UN HERMANO DEL PECADO		
MORTAL.....	»	JOSÉ GARCÍA.
UN MOZO DE CORDEL.....	»	DOMINGO MANTÍNEZ.

Vendedores, Manolos, Manolas, Alguaciles, Guardias walo-  
nas, Cofrades, Bailarinas, etc. Coro de ambos sexos y acompa-  
ñamiento.

La acción es en Madrid, mil setecientos noventa  
y tantos.

A LUIS DE EGUÍLAZ

Y

A DIEGO LUQUE

---

*Diego me sugirió la idea de escribir PAN Y TOROS: ambos me alentásteis con vuestro buen consejo, y me habéis prestado vuestro inteligente y eficaz auxilio para ponerla en escena, con mejor voluntad y más interés que si la obra os perteneciese.*

*Admitid, pues, esta dedicatoria, no como un cariñoso obsequio, sino como débil pago de una deuda sagrada, y rogad á Dios que mi trabajo sea digno del inmortal opúsculo que ha inspirado á vuestro amigo del alma,*

*Pepe.*



---

---

## ACTO PRIMERO

---

Pradera del Corregidor, á orillas del Manzanares.—Meren-  
dero del Currutaco, á izquierda del espectador, con em-  
parrado, bancos y mesas á la puerta. De frente al públi-  
co, haciendo esquina el bastidor, una virgen, y debajo,  
sentados en el suelo, Padre, Madre y Niño ciegos, con  
vihuela el primero y hierros el muchacho: la madre hace  
calceta. Á la derecha la casa de recreo y estudio del pin-  
tor Goya. En el fondo los tendedores con ropa blanca,  
árboles, etc. El puente de Segovia en segundo término,  
oblicuo con respecto á la escena. Al fondo se ve la Virgen  
del Puerto, la Cuesta de la Vega, Palacio y las Vistillas.

### INTRODUCCIÓN MUSICAL

Diversos VENDEDORES, MANOLAS y MANOLOS:  
animación, movimiento. Después un SANTERO. Debajo de  
la Virgen, PADRE, MADRE y NIÑO ciegos, con vihue-  
la el primero, rosarios y redomas la segunda y hierros el  
tercero. Un ESCABECHERO á la puerta del bodegón.

PADRE, MADRE y NIÑO ciegos.

Hoy fusilan un soldado:  
llorad, padres infelices,  
aunque diga algún malvado  
que le está bien empleado.  
¡Hombre, mira lo que dices!

PADRE. Vísperas á la oración  
hay en don Juan de Alarcón.

MADRE. Villancicos y completas

- NIÑO. en Atocha y Recoletas.  
Sermón y cuarenta horas  
hay en las Comendadoras.  
PADRE. Y alumbrado y letanía  
mañana en Santa María.  
MADRE. Indulgencias hay plenarias  
en las monjas Trinitarias.  
NIÑO. Zurriagazos á las tres  
bóveda de Sau Ginés.

---

### HABLADO

- PADRE. (¿María?)  
MADRE. ¿Qué?...  
PADRE. (¿Pasa gente?)  
MADRE. No.  
PADRE. (Dame un beso.) (Se acerca mucho.)  
MADRE. ¡Indecente!  
(Le arrima un sopapo.)

---

### MÚSICA

- LOS TRES. Detened, hombres injustos,  
vuestro paso temerario,  
y purgad carnales gustos  
al pié del confesonario.
- DIVERSAS VENDEDORAS.  
¡Alajúl!...—¡Pan de higos!...  
—¡Torraos y pasas!...  
—¡Cañamones tostados!...  
—¡Miel y castañas!...  
—¡Bollos de lechel!...  
—¡Torreznos y rosoli!...  
—¡Buen escabeche!...  
Comprad apriesa,  
que doy casi de balde  
toda la cesta.
-

## HABLADO

CIEGO. ¡No reventaréis, malditas!...  
UNA. ¡No reventará el tío feo!...

---

## MÚSICA

LOS TRES. En Santiago y los Servitas,  
hay mañana jubileo.

(Aparece un Santero harapiento con una esclayina de hule y varias conchas: trae un cuadro y muchas estampas.)

SANTERO. Ved al pobre peregrino,  
que viene de Palestina  
con tres meses de camino,  
y ved la huella divina  
de Cristo en Monte Olivete...  
Sólo hay en el mundo siete:  
yo la traigo á mi país,  
sólo por cumplir un voto,  
y la besa el que es devoto  
por cuatro maravedís.

VEND. Dios le ayude al buen Santero...  
Tome un cuarto por besar...

(Le rodean, besan el cuadro y echan cuartos en el sombrero.)

SANTERO. La limosna sólo quiero  
para poder alumbrar  
al bendito San Antero...

---

## HABLADO

CIEGO. (¿Pepito?)

NINO. (¡Padre!...)

CIEGO. (Á ese tío,  
hay que arrojarle en el río.)

---

## MÚSICA

- SANTERO. (Sacando estampas.)  
Ved las santas abogadas  
para todas las preñadas,  
para las que están entecas,  
ó carecen de mantecas,  
y benditos amuletos  
para conocer viznietos,  
no tener novios tacaños  
y casarse á los veinte años.
- VEND. ¡Pues reparta el buen Santero!...  
Todas vamos á comprar.
- SANTERO. La limosna sólo quiero  
para poder alumbrar  
al bendito San Antero.  
(Despidiéndose.)  
Dios el cielo les dará.
- VEND. Id en paz.

---

## HABLADO

- CIEGO. (¡Pepito... á este bribonazo  
le arrimas luégo un cantazo!)
- NIÑO. Pilas de agua bendita,  
cruces, rosarios  
de huesos de aceituna,  
y escapularios.
- CIEGA. San Juan de Letrán en Roma,  
metido en una redoma.
- CIEGO. (Pepito, ¿qué hace el Santero?)  
(Que ya estará bebiendo una jarra de vino en el  
merendero.)
- NIÑO. (Alumbrar á San Antero.)
- CIEGO. (¿Con qué le alumbra?...)
- NIÑO. (Con vino.)
- CIEGO. (Con grito descompasado.)  
¡Que aproveche, peregrino!...  
(¡Te mato esta noche misma  
si no le rompes la crisma!...)

CIEGOS. (A tres.) Milagrosa relación  
del Cristo de la Pasión  
que alumbró con un candil  
á Sor Inés en Madril  
para echar pan en el horno  
y se marchó por el torno.

UN MANOLO. Deja ya los sermones  
y sinfonías,  
y á ver si echas dos cuartos  
de seguidillas.

CIEGO. ¿Por dos caletres  
cantaores y orcuestra?  
No semos fuelles.

MANOLO. Nosotros cantaremos,  
toca tú solo.  
¡En baile, caballeros!...  
¡muchachas, corrol...  
Templa la lira,  
si quiés que no nos entre  
dolor de tripas.

(Baile y canto.)

CORO. Aunque soy de la Mancha  
no mancho á naide:  
más de cuatro quisieran  
ser de mi sangre.  
Anda, salero  
y vivan las manchegas  
y los manchegos.  
Olé y olá,  
por las manolas  
de calía.

UN CHICO MOZO DE CUERDA .

(Cruzando la escena por delante del bailo y gritando.)

CORO. ¿A quien le subo la ropa?  
Maravillas, el Rastro  
y el Mundo Nuevo,  
Lavapiés, la Rivera  
y el Matadero,  
todos son unos:  
por eso comen, beben

y bailan juntos.  
Olé y olá,  
zapato é seda,  
media calá.

## ESCENA PRIMERA

Sale el CORREGIDOR, se santigua delante de la Virgen,  
la tira el pañuelo, le besa y se dirige al CIEGO

### HABLADO

CORREG. ¡Ciego!..  
CIEGO. ¡Señor!..  
CORREG. ¿Qué escuchaste  
y qué has visto?  
CIEGO. Esta mañana  
vi traer muchos fusiles  
y entrarlos ahí en la casa  
del señor Goya.  
CORREG. ¿Estás cierto?  
CIEGO. Sí.  
CORREG. ¿Qué más ocurre?  
CIEGO. Nada.  
CORREG. Pues toma, vete, y mucho ojo.  
(Lo da una moneda.)  
CIEGO. Con entornar uno, basta.  
(Vanse Padre, Madre y Niño ciegos cogidos unos á  
otros.)  
CORREG. A ver si la favorita  
me trae nuevas de importancia.  
(Se aproxima á la puerta de Goya, estornuda, se  
santigua tres veces consecutivas, y sale doña Pe-  
pita primorosamente vestida de maja, recatándose  
el rostro con el rebecillo.)

## ESCENA II

EL CORREGIDOR y DOÑA PEPITA

PEPITA. Corregidor, Dios le guarde.

CORREG. Él conserve tanta gracia.

¿Tiene el pintor mucha gente?

PEPITA. Literatos, comediantas,  
covachuelistas, toreros  
y algunos grandes de España.  
¡Me ha hecho un retrato precioso!...  
Pero sepamos: ¿qué pasa?

CORREG. Ha pasado un gran peligro.

¿No lo sabe usted?

PEPITA. Yo nada.

CORREG. Los esbirros por mí puestos  
para vigilar la casa  
de nuestro grande enemigo,  
el *sabio* conde de Aranda, (Con ironía.)  
sorprendieron anteanoche  
un hombre de fea traza,  
el cual, viéndose acosado,  
se defendió á cuchilladas,  
mal hiriendo á dos corchetes  
y antes de rendir el arma,  
hizo pedazos un pliego  
y se lo tragó.

PEPITA. ¡Qué infamia!

CORREG. El preso es un emisario  
con noticias reservadas  
del ejército: esta tarde  
es pasado por la armas.  
Se resistió á la justicia  
y le aplican la Ordenanza.

PEPITA. ¡Infeliz!...

CORREG. Es un soldado:

PEPITA. No sabe usted la importancia  
de esa captura: sin ella,  
perdida era nuestra causa.  
El consejo presidido  
por el Rey esta mañana,  
ha sido muy borrascoso.  
El *sabio* conde de Aranda, (Con ironía.)  
como el vulgo da en llamarle,  
se desató en amenazas  
por los males que la guerra  
puede traer sobre España,

si las paces no se firman,  
sin perder tiempo, con Francia.  
Pero el duque de la Alcudia  
le atajó y echóle en cara  
su falta de patriotismo  
y no inferrumpidas cartas  
con filósofos franceses.

CORREG. ¡Muy bien!...

PEPITA. Y el conde de Aranda,  
sin respetar aquel sitio,  
alzó la mano cerrada  
contra el duque de la Alcudia...

CORREG. ¿Ante el rey?

PEPITA. Pero el monarca  
ha firmado su destierro  
al castillo de la Alhambra.  
Jovellanos en Asturias  
y preso Floridablanca,  
vamos á dejar la corte  
más tranquila que una balsa.

CORREG. Es poco, doña Pepita,

PEPITA. ¿Qué más hay que hacer?

CORREG. No basta.

Todos han visto elevarse  
de la noche á la mañana,  
á un simple guardia de Corps,  
de oscura aunque noble casa,  
á los más grandes honores  
y á la dignidad más alta.  
Caballero del Toisón  
y duque y mayor de guardias  
y hasta ministro de Estado,  
en vez del conde de Aranda,  
todo el mundo se pregunta  
de tanto favor la causa.

PEPITA. ¡Cuántos suben de igual suerte  
y nadie pregunta nada!

CORREG. Cunden por la clase media  
las ideas incendiarias,  
y clero, nobleza y pueblo  
murmuran de la campaña.  
Y á la luz del día, en esas

dos tertulias literarias  
del Conde de Campomanes  
y de esa hermosa italiana,  
la Princesa de Luzán,  
leen las obras malvadas  
de Rousseau y Voltaire  
(Como están escritos.)  
y en su ponzoña se bañan.

PEPITA. ¿Y qué hacer?

CORREG. Somos perdidos,  
si de una vez no se acaba  
con esta fatal manía  
de pensar que hay en España.  
Y la receta infalible  
que emplear nos hace falta,  
el *profundo* Jovellanos (Con ironía.)  
nos las da precisa y clara  
en ese infame libelo,  
que sus amigos ensalzan.  
¡Pan y toros, pan y toros!...  
á pueblo y aristocracia,  
y en vez de universidades,  
escuelas de tauromaquia.

PEPITA. ¿Y si viene del ejército,  
con noticias reservadas  
para el Rey, otro emisario? . .

CORREG. Las noticias serán malas,  
y hay que verle á todo trance,  
y que él no vea al monarca.

PEPITA. Su Majestad se fué al Pardo.  
y allí estará un mes, de caza.

CORREG. ¿No ha de venir á los toros?

PEPITA. Pero en seguida se marcha.

CORREG. ¿Mas si logra adquirir datos  
la princesita italiana,  
nuestra mortal enemiga?...

PEPITA. ¡Oh!... ¡la aborrezco en el alma!...  
¿De qué talismán dispone  
esa mujer detestada,  
que adoran los literatos  
y los manolos aclaman  
y teme la misma Reina

- y envidia la aristocracia?  
CORREG. Una gran cualidad tiene,  
entre la corte, muy rara:  
y es que nadie pone en duda  
que la Princesa es honrada.  
PEPITA. ¡Hay que perderla, es preciso!...  
CORREG. Nos perderá si usted tarda.  
PEPITA. ¡Y qué medio!... ¡No sé cómo!...  
CORREG. Con-una calumnia, basta:

### ESCENA III

DICHOS y el GENERAL que sale de casa de Goya.

- GENER. A correr iba en su busca.  
Señora, con su perdón.  
CORREG. Viene usted, general, pálido.  
GENER. Es que ha cundido la voz  
de que nuestros generales  
han perdido el Rosellón  
y se retira en derrota  
el ejército español.  
PEPITA. Hablillas sin fundamento.  
GENER. Pero hay mucha agitación.  
Suspenda las procesiones  
preparadas para hoy,  
que es altamente impolítico  
dar pretesto ú ocasión  
de revueltas.  
CORREG. ¡Nada de eso!  
Procesiones, sí señor.  
Demos al pueblo espectáculos  
que distraigan su atención.  
Hoy, verbena y romería  
con una docena ó dos  
de riñas y de homicidios;  
acá y allá procesión,  
pedrea de cofradías  
sobre qué santo es mejor,  
un militar fusilado;  
y mañana real función:  
toros por mañana y tarde,

en la gran Plaza Mayor,  
con uno ó dos chulos muertos  
si no lo remedia Dios;  
y verá usted, amigo mío,  
como á nadie queda humor  
para ocuparse en la guerra,  
ni hablar más del Rosellón.

PEPITA. Es usted un gran político. (Admirada.)

CORREG. Hacia la *Puerta del Sol*,  
ponga usted dos batallones  
de retén, porque el pintor  
armas oculta en su casa.  
Por eso cité á las dos,  
aquí mismo, á los toreros,  
para nombrar director  
de la plaza y observarles.

GENER. Tome usted una porción  
de billetes blasonados. (Sacándolos.)  
en que á usted piden favor  
las damas para los diestros.

PEPITA. ¡La Duquesa!—Discreción.  
(Entráanse en el Merendero el Corregidor y el Ge-  
neral.)

## ESCENA IV

DOÑA PEPITA y la DUQUESA, que salo de casa  
de Goya.

DUQ. ¡Grandes nuevas!...

PEPITA. ¿Pues qué ocurre?

DUQ. ¡Ya cayó la Princesita!...  
Si usted palabra me empeña,  
palabra formal de amiga,  
de que nombran á... Romero  
(Con cierto rubor olocuente )  
director de las corridas,  
daré á usted de los amores  
de la Princesa noticias.

PEPITA. Sabiendo usted que yo soy  
de Pepe-Hillo madrina...

DUQ. (¡Y algo más, hipocritona!...)

PEPITA. La condición es durísima.  
Pero la acepto, Duquesa.  
(Dándose las manos.)

DUQ. Pues óiga, doña Pepita.  
Al comenzar la campaña,  
la Princesa, que es muy rica,  
un regimiento á su costa  
levantó desde Sicilia,  
donde estaba en un convento  
en calidad de novicia.  
Nuestro buen rey Carlos cuarto  
(Cortesía de ambas.)  
premió su acción nobilísima,  
nombrándola coronel  
del regimiento á ella misma.  
Bordó una hermosa bandera  
y fué á Italia á recibirla  
de sus manos un alférez,  
gallardo mozo y de chispa,  
y muy célebre en las áulas  
de la escuela salmantina.  
El sólo vió á la Princesa  
á través de celosías  
y bajo un tupido velo,  
pero grande ser debía  
el recuerdo que dejara  
el doncel en la novicia...  
cuando próxima á sus votos,  
momentos antes, la víspera,  
abandonó su convento  
al recibir la noticia  
de que el pobre abanderado,  
al pié de una batería,  
fué cogido prisionero,  
acribillado de heridas.  
Y aquel pimpollo del cláustro,  
aquella piadosa niña,  
llegó al hospital de sangre  
de Bayona, y veinte días,  
con el traje de beata,  
sin ser nunca por él vista,  
veló al pobre prisionero,

entre la muerte y la vida.  
Vino después á la corte,  
negoció el canje ella misma  
del valiente Peñaranda,  
que así el joven se apellida,  
y desde entouces, recibe  
todo cuanto necesita,  
sin saber quién le dispensa  
protección tan decidida.

PEPITA. Yo sabré emplear el arma:  
siga usted en sus pesquisas.

## ESCENA V

DICHAS y el ABATE que sale do casa de Goya.

ABATE. ¡Humilde esclavo de ustedes,  
señoras del alma mía!...

DUQ. ¡Señor Abate Ciruelal ..

PEPITA. Oportuna es su venida.  
Una deuda muy sagrada  
he de pagar á una amiga  
(Mirando á la Duquesa.)  
y necesito...

ABATE. (Con rapidéz,) ¿Consejos?...  
Los daré, doña Pepita,  
que dinero no acostumbro.

PEPITA. Eso es cosa bien sabida.  
Sólo de probar se trata  
si usted merece, en justicia,  
ser el confidente íntimo  
de las damas de la villa.

ABATE. ¡Pues ya rabio de impaciencia!  
hable esa boca de almibar.

PEPITA. Quiero que mande Romero  
en la plaza y que no digan  
que el corregidor se excede  
ni que danzo yo en la intriga.

ABATE. Está bien: ¡qué voy ganando?

PEPITA. ¿Puede hacerlo?

ABATE. (Con seguridad.) Puedo.

PEPITA. Pida.

- ABATE. Deme usted, para hacer boca,  
á besar una manita.
- PEPITA. Tome usted.
- ABATE. La compañera.  
¡Ay, qué blancas y qué ricas!...  
(Relamiéndose.)
- PEPITA. Adelante.
- ABATE. Pues en cambio,  
exijo que usted consiga  
que en estas funciones reales  
á representar admitan  
en Palacio á la *Tirana*,  
una tragedia no vista  
de un colega salmantino,  
que protección necesita.
- DUQ. ¡Su nombre!
- ABATE. Es un tal... *Cienfuegos*.
- DUQ. ¡Ay Jesús!... ¡arroja chispas!...
- PEPITA. Muy conocido en su casa.
- DUQ. ¡Cienfuegos!... ¡já, já, qué risa!  
(Con grande algazara.)  
¡Su nombre merece solo  
anticipada una silba!
- ABATE. Garantizo lo contrario.
- PEPITA. Y al cabo, ¿qué significa  
mi protección á esa cómica,  
cuando tiene por madrina  
á la orgullosa *Princesa*  
de *Luzán*?
- ABATE. Doña Pepita,  
no se trata de la cómica,  
sino de un vate, que un día  
ha de honrar mucho á su patria
- PEPITA. Deje usted supercherías.  
¿Á qué apuntar á Cienfuegos,  
cuando á la *Tirana* tira?  
(Dándole la mano.)  
Representará en palacio  
su flamante protegida.

## ESCENA VI

DICHOS y el ABATE que corre á la puerta de Goya;  
llama y sale la TIRANA, también de maja.

ABATE. ¡Rosario! ¡Rosario! ¡escucha!

PEPITA. ¿Qué hace usted?

TIRANA. (Asomándose.) Abate, ¿llamas?

ABATE. Presento á ustedes, señoras,

(Cogiéndola de la mano.)

á la célebre Tirana,

rival de la Rita Luna,

y emperatrices entrambas

de polacos y chorizos.

TIRANA. De vucencias soy criada.

PEPITA. ¿Y usted, Rosario Fernández,

á rivalizar se lanza

con la incomparable Rita,

gloria de la escena hispana,

que parece una princesa

en medio de comediantas?

DUQ. ¿Mide usted bien el peligro

de lucha tan arriesgada?

TIRANA. Señoras, reñir no pueden

dos amigas, dos hermanas.

Cada cual conquiste aplausos,

que de luchar no se trata.

Si es la bella Rita Luna

incomparable en *La esclava*,

*Celos no ofenden al sol*

y en *La niña mal criada*,

en *Zelima* y la *Talestris*

no ha vencido á la Tirana.

## ESCENA VII

DICHOS. Salen del bodegón el CORREGIDOR y el  
GENERAL, seguidos de dos corchetes.

PEPITA. Representará en Palacio. (Á la Tirana.)

TIRANA. Gran señora, muchas gracias.

- CORREG. Que disparen tres cohetes: (Á los corchetes.)  
ya es la hora señalada.  
Venga la Manolería,  
y acérquese la canalla. (Suonan los cohetes.)
- DUQ. (Como usted, abate mío,  
es persona reservada,  
necesito que me empeñe  
hoy mismo, algunas alhajas.)
- ABATE. (¿Es... para pagar el sastre?)
- DUQ. (¿Cómo al sastre?..)
- ABATE. (¿Á qué se enfada?  
Lo sé todo: ese vestido  
que á Romero usted regala.  
¡Ay, Duquesa!... los amores,  
á su edad, caro se pagan...)
- CORREG. (¿Pero cómo he de nombrarle, (Á Pepita.)  
si tengo trescientas cartas,  
recomendando á los otros?)
- PEPITA. (Se ahoga usted en muy poca agua.)  
El abate lo hará en regla:  
le doy á usted mi palabra.)
- ABATE. (Éntrate en el ventorrillo, (Á la Tirana.)  
dale una onza de oro al ama, (Dándosela.)  
y que te entregue las bolsas  
de lotería.)
- TIRANA. (¿Qué fraguas?..)
- ABATE. (Quitás todos los noventas  
y los traes.)
- TIRANA. (¡Qué extravagancia!..)
- ABATE. (Pronto, y que nadie se entere.)  
(Vase la Tirana.)
- CORREG. Ya se acercan las guitarras.  
(Este verso lo dirá ya sentado ante una mesa con  
tapete que habrán sacado los corchetes de casa de  
Goya y puesto delante del bodegón. Á sus lados  
se sientan en bancos Pepita, la Duquesa y el Ge-  
neral. Marcha lejana de bandurrias y guitarras,  
que se aproxima por grados. Aparece la Manolería  
por las Vistillas, formada de cuatro en cuatro, con  
las mujeres delante: marcha característica llevan-  
do el paso: llegan y se forman en línea. Después  
salen de casa del pintor, Pepe-Hillo, Costillares y

Romero, vestidos de toreros; detrás Goya, á quien  
hace sentar el Corregidor. También se sientan el  
Abate y la Tirana )

---

## ESCENA VIII

DICHOS, la MANOLERÍA, luégo PEPE-HILLO,  
COSTILLARES, ROMERO y GOYA.

### MÚSICA

(Marcha lejana de la Manolería.)

Al son de las vihuelas  
y seguidillas,  
manolas y manolos  
de cuatro en fila,  
no hay en el mundo  
quien marche con más garbo,  
ni con más rumbo.  
España ha de ser libre,  
libre Castilla,  
mientras haya en España  
manolería:  
Que todo chulo  
maneja la vihuela,  
como el trabuco.

MANOLERIA. (Inclinándose todos y descubriéndose.)

Que Dios le guarde á usía,  
señor Corregidor,  
su noble compañía  
la guarde también Dios.

CORREGIDOR. (Levantándose.)

¡Gracias doyl!...  
¡Gracias doyl!...

LA COMPAÑIA. (Levantándose.)

¡Gracias doyl!...  
¡Gracias doyl!...

(Salen ahora de casa del pintor, Pepe-Hillo, Ro-  
mero y Costillares. Detrás Goya, á quien hace sen-  
tar el Corregidor.)

PEPE-HILLO, COSTILLARES y ROMERO. (Descubriéndose.)

Romero, Costillares  
y Pepe-Hillo,  
á toitos uzías

(La Manolera saluda á los toreros con una salva  
de aplausos.)

zaludan finos;  
que á cabayeros,  
no echó la pata naide  
á los toreros.

MANOLERIA. Salud á los valientes  
discípulos del Cid,  
que todos tres merecen  
la plaza dirigir.

(Acosando al Corregidor.)

Díganos usía,  
diga su mercé,  
jefe de la plaza  
cuál de ellos va á ser.

TODOS. ¡Atended!...

ABATE. (Levantándose.)

Hallándose indispuerto  
el buen Corregidor,  
me manda que en su nombre  
á todos hable yo.

CORREGIDOR. (Levantándose.)

¡Sí, señor!...

¡Sí, señor!...

MANOLERIA. ¡Bien, señor!...

¡Bien, señor! ..

TOREROS. (Muy cómico.)

¡Bien, zeñó!...

¡Bien, zeñó!...

ABATE. La elección que debe hacerse  
es de tanta gravedad,  
que por esto se celebra  
en tan público lugar.

CORREGIDOR. (Levantándose.)

Es verdad.

Es verdad.

LA COMPAÑIA. (Levantándose.)

Es verdad.

Es verdad.

MANOLERIA. ¡Ya... ya... ya!...  
TOREROS. ¡Ya... ya... ya!... (Muy cómico.)  
ABATE. Grandes recomendaciones,  
(Sacan los corchetes una bandeja y una pajueta.)  
aquí vais á ver quemar:  
¡saque usía los papeles!  
(Los saca el Corregidor con solemnidad y los pone  
en la bandeja.)  
¡la pajueta! ¡prendo ya!... (Prendo.)

CORREGIDOR. (Levantándose.)  
¡Mirad!...  
¡Mirad!...

LA COMPAÑIA. (Levantándose.)  
¡Mirad!...  
¡mirad!...

MANOLERIA. ¡Ah!... ¡ah!...  
TOREROS. ¡Ah!... ¡ah!... (Muy cómico.)

ABATE. Esta llama es la aureola  
de tan recta autoridad.  
¿Quién habrá que dudar pueda  
de su inflexibilidad?...

CORREGIDOR. (Levantándose.)  
¿Quién habrá?...  
¿Quién habrá?...

LA COMPAÑIA. (Levantándose.)  
¿Quién habrá?...  
¿Quién habrá?...

MANOLERIA. ¡Cá!... ¡Cá!...  
TOREROS. ¡Caaa! ¡Caaa!... (Muy cómico.)  
CORO. ¡Ninguno ahora lo dudará!

MANOLERIA y TOREROS.  
¡Viva mil años feliz usía!...  
Dios nos conserve tan buen señor!...  
¡Viva mil años su compañía!...  
¡viva el ilustre Corregidor!...

CORREGIDOR. ¡Chitón!...  
Basta, señores, basta por Dios.

LA COMPAÑIA. ¡Chitón!...  
TOREROS. ¡Chitón!...  
MANOLERIA. ¡Chitón!...

TODOS. (Menos el Corregidor.)  
¡Viva el ilustre corregidor!...

---

## HABLADO

(Con música en la orquesta.)

CORREG. (Toca una campanilla: silencio general. Corregidor Levantándose.)

Señores: en atención  
á su gran celebridad  
y al renombre que disfrutan  
en el arte de lidiar,  
he querido reunirles  
con toda solemnidad,  
para que exponga sus méritos  
en público cada cual  
y director de la plaza  
ver á quién debo nombrar.  
Como ustedes tres se encuentran  
en categoría igual,  
hablen ustedes, señores,  
por orden de antigüedad.

ABATE. (Al pueblo.) Pues silencio y mucho oído  
que es cuestión trascendental.

CORREG. ¡Costillares!...

COST. Cabayeros:  
yo enseñao á manejá  
la muleta á mis discipulo,  
y yo he inventao además  
los volapiés, pa que nunca  
se güervan á asesiná  
con el *punsón* á la rese  
que no arrancan jasia acá.  
Yo he enoblecido er toreo  
y enseñao á libertá  
der peligro á los ginetes  
que me yaman zu papá.  
Der mataero e Zeviya  
jise yo universiá,  
y er barrio é San Bernardo  
desir mi historia podrá.

Soy viejo: en la mano tengo  
un tumó: no digo más.

CORREG. ¡Romero!...

ROMERO. Yo nasi en Ronda,

digo, ¿tendré calía?

Mi agüelo ha sío er primero

que á pié satrevió á matá  
con muleta y con estoque,

y mi pare, er señó Juan,

inventó la banderiya,

y á luego inventó er picá.

Yo, su indino desendiente,

aunque nunca inventé ná,

he libertao muchas vías

y en veinte año poco má,

he dao mulé resibiendo

como una estauta clavá,

sinco mil seisientos bichos

sin tener una corná.

Si hay arguno que lo dúe,

que zarga aquí y lo verá.

Ya me conocen usías:

con eto, no canso más.

CORREG. ¡Pepe-Hillo!...

PEPE-H. Repunansia

tengo, zeñores, pa hablá

de mi probe presoniya,

pero obedesco y ahí va.

---

## MÚSICA

En Zeviya, Costiyares

desasnóme pá lidiá;

si en la plasa le abichorno,

mi maestro lo dirá.

Yo zaqué de mi caletre

por la espada capeá:

la verónica que es mía,

y que á naide debe naá.

Ya ven sus mercedes

si me alisionó

er buen Costiyares

con su destrucción.  
¡Sí, señor!

Este cuerpo saleroso,  
que la tierra se ha é tragá  
veintitres jerías tiene,  
y denguna por detrás.  
Las gitanas ven que espicho  
á otras dos jerías más  
y en la plasa me presento  
cual si me fuera á estrená.  
Que zarga ahí en medio,  
que zarga er chavó  
que diga otro tanto,  
que aquí espero yo,  
¡Sí, señor!

### HABLADO

(Con música en la orquesta.)

CORREG. ¿Señores: declaro á todos  
que no sé por quién fallar,  
porque es tan grande su mérito  
que se hallan á altura igual.  
Pedro Romero, responda:  
¿se atreve usted á matar  
á los toros de Castilla?

ROMERO. ¿Y por qué no?... ¡claro está!...  
cuantos pastan en er campo,  
¡Me quiere usía espricá  
po qué me hase esa pregunta!

CORREG. Porque tengo un memorial  
de Hillo y de Costillares  
para que impida lidiar  
toros castellanos; y esta  
circunstancia á usted le da  
sobre sus dos compañeros  
un preferente lugar.  
Hablen ustedes, señores.

TIRANA. ¡Goya!... ¡Goya!...

GOYA. El General.

GENER. Usted primero.

- GOYA. Yo opino  
que lo más justo es nombrar  
á Costillares, que tiene  
la mayor antigüedad.
- GENER. ¡Está claro!...
- VOCES. ¡Costillares!...
- ABATE. (Con solemnidad cómica.)  
Si se me permite hablar...
- PEPITA. ¡Que hable!... ¡que hable!...
- CORREG. Puede hacerlo.
- ABATE. Una palabra no más  
Pues atendiendo, señores,  
á la fama universal  
que gozan los tres maestros,  
y también para evitar  
murmuraciones de todos,  
aquí lo más imparcial  
es que decida la suerte  
á quién se debe nombrar.  
(Critería general de aprobación.)
- CORREG. Usted habla como un libro;  
la suerte decidirá.
- ABATE. Con bolas de lotería...
- CORREG. (Mandando sacarlas.)  
En el bodegón tendrán.
- ABATE. (A doña Pepita.)  
(¡Está el noventa en mi manga!...)
- DUQ. El Abate sorteará.
- CORREG. Saque usted, señor Abate,  
como persona formal,  
para que aquí nadie dude  
de mi inflexibilidad.
- ABATE. (Sacando.)  
¡Costillares... treinta y cinco!...  
Romero... noventa.
- TODOS. ¡Aaaah!
- MANOL. ¡Qué viva! (Tirando los sombreros: algazara.)
- CORREG. Nombro á Romero.  
Pueden todos despejar.  
(Se marchan formados como vinieron con los to-  
ros por delante después de esta seguidilla: la Ti-  
rana entra en casa de Goya.)

Pues vamos á dar música  
á los maestros,  
y al siempre afortunado  
Pedro Romero.  
Dios guarde á usía,  
y Dios en paz conserve  
su compañía.

---

## HABLADO

ABATE. ¡Pobre pueblo! ¡qué inocente!  
PEPITA. ¡Y qué contento se va!..  
CORREG. Es necesario que nunca. (A Pepita.)  
pase de menor edad.  
Desgraciados de nosotros  
si llegara á saber más.  
PEPITA. (No alejarnos es preciso (Al Corregidor.)  
para poder observar.)  
(Entrase en el bodegón con la Duquesa.)  
CORREG. Que la Virgen del Amparo  
nos conserve en santa paz.  
(Arroja el pañuelo á la Virgen, le besa, se santi-  
tigua, y éntrase en el bodegón con el General.)  
ABATE. Dame pincel y colores.  
GOYA. ¿Qué vas á hacer?  
ABATE. A pintar  
el tacón de los chapines  
de Rosario.  
GOYA. Ven acá.

## ESCENA IX

Al entrar GOYA y el ABATE en casa del primero, se  
aproxima por el fondo, donde habrá estado observando el  
CAPITÁN PEÑARANDA, y les detiene.

CAP. ¡Dios os guarde!  
GOYA. ¡Peñaranda!  
(Abrazándose con efusión.)

PEPITA. ¡Ah! (Asomando la cabeza desde el Bodegón y desapareciendo.)

CAP. ¡Mis queridos colegas!

ABATE. ¡Otro abrazo!

CAP. ¡Y otros ciento!

GOYA. ¿Conque vienes de la guerra?

ABATE. ¿Y capitán y tan joven?

CAP. Pues cuatro heridas me cuesta.

GOYA. Por tales manos curadas  
yo también las recibiera.

CAP. ¿Cómo? (Sorprendido.)

ABATE. (Con misterio.) ¡Aquí se sabe todo!

CAP. (Desentendiéndose.)

Pues yo no sé por qué llevas  
esa ropa.

ABATE. Soy abate.

CAP. ¡Tú!... (Retrocediendo tres pasos )

ABATE. Sí.

CAP. ¿La peor cabeza  
de Salamanca?

ABATE. ¡Qué quieres!  
Segundón de estirpe excelsa  
con ciento tres apellidos  
y sin un doblón de renta,  
abandoné los umbrales  
de mi casa solariega  
y llegué á Madrid el año  
mil setecientos noventa.  
Vi empapeladas esquinas  
con carteles de novenas,  
retablos por todas partes,  
procesiones y retretas,  
portales con basureros,  
muchos barrios sin escuelas,  
á oscuras todas las calles  
y ninguna sin taberna;  
los hospitales sin sábanas,  
las imágenes con perlas,  
repletos los calabozos  
y las cátedras desiertas.  
Y hallé en la corte de España,  
aunque imposible parezca,

más sacerdotes que legos,  
más corchetes que sentencias,  
más altares que cocinas  
y menos casas que iglesias.  
Al ver que aquí nadie marcha  
á su objeto en línea recta,  
al ver que es la hipocresía  
el carácter de la época,  
y siendo en fin, las mujeres  
mi inclinación predilecta,  
al primer golpe de vista,  
eché despacio mis cuentas  
y tienes hecho á tu amigo  
todo un abate Ciruela.

CAP. ¿Qué conseguiste con eso?

ABATE. ¿Qué conseguí?... ¡friolera!...

---

## MÚSICA

ABATE. Como lleva en el bolsillo  
su ganzúa el buen ladrón,  
para abrir todas las puertas  
y robar á su sabor,  
yo, pirata de hermosuras  
y de vírgenes ladrón,  
llevo en traje de murciélago  
la ganzúa del amor.

CAP. y GOYA. Ya en Salamanca,  
nosotros dos,  
te conocimos  
la inclinación.

ABATE. Ni padres ni esposos  
con este disfráz,  
de mí tienen celos  
y déjanme entrar.  
Y á solas con ellas  
en viéndome ya,  
jamás perdí el tiempo  
que tontos me dan.

CAP. y GOYA. Bachiller sólo  
eras de amor,

pero en la corte  
ya eres doctor.  
ABATE. Si alguna gran dama  
á un baile se va,  
la empolvo el cabello,  
la planto un lunar,  
la quito de encima  
veinte años ó más,  
y en dulce moneda  
me suele pagar.

CAP. y GOYA. Eres doncello  
de gran primor,  
y eres un mueble  
de tocador.

ABATE. Con bellas devotas  
en grande amistad,  
bordamos de noche  
un paño de altar.  
Después chocolate  
en pago me dan,  
y luégo juntitos  
solemos rezar.

CAP. y GOYA. Toda la escala  
corre tu amor,  
desde quince años  
á ciento dos.

ABATE. Yo soy doncello  
de gran primor,  
y soy un mueble  
de tocador.

---

### HABLADO

ABATE. Lunar puse tan goloso,  
que hizo estallar una guerra  
y tacones he pintado,  
que besó algún rey sus huellas.

CAP. (Abrazándole.)  
¡Te encuentro el mismo de siempre!...  
¿Y qué aventuras nos cuenta  
el pintor Francisco Goya?

- GOYA. Durante tu larga ausencia,  
en Roma estudié algún tiempo,  
y al volver, me abrió sus puertas  
la fábricas de tapices.  
Allí con Mengs, pinté escenas  
populares y campestres,  
brujas, ladrones, meriendas,  
muchas corridas de toros  
y caprichos más de ochenta.  
Rembrandt y Diego Velázquez  
son mis modelos de escuela.  
Retraté á Floridablanca,  
á Moratín, Villanueva,  
á la Tirana y á Máiquez,  
á las célebres Duquesas  
de Alba y de Benavente,  
á Carlos cuarto, á la Reina...
- ABATE. Al tío Rico el choricero,  
y á otras personas de cuenta.  
Es todo un pintor de cámara  
con su estudio en la ribera  
del tísico *Manzanares*,  
mimado por la nobleza,  
y adorado por el pueblo,  
que le admira y le venera.
- GOYA. Pero hablemos, Peñaranda,  
del estado de la guerra,  
del objeto con que vienes  
y en fin, de la diferencia  
de la corte que dejaste (Con pesar.)  
y la corte que te encuentras.
- ABATE. Dínos la verdad desnuda  
con tu militar franqueza.
- CAP. ¿Para qué?... Cuando á vosotros  
os hallo de esta manera, (Con vigor.)  
de sentir no sois capaces  
ni aun de comprender mis quejas.  
Allá, todo es heroísmo  
de unos hombres que pelean  
por su rey y por su patria,  
contra duplicadas fuerzas:  
un ejército mermado

por las continuas refriegas,  
sin municiones, sin víveres,  
sin abrigos y sin tiendas,  
cuyo valor indomable  
es la única defensa,  
y que un día y otro día  
refuerzos en vano espera.  
Acá, todo es algazara,  
un pueblo que en nada piensa,  
porque le dan pan y toros,  
una estúpida nobleza,  
una corte relajada  
y una camarilla abyecta.  
Cuando los hombres que tienen  
corazón é inteligencia. (Con vehemencia.)  
cual vosotros, no se indignan  
ó de algún modo protestan,  
sino que viven contentos  
en el fango y la miseria,  
todo lo juzgo perdido,  
ninguna esperanza queda.  
La hora sonó para España  
de ser colonia francesa.

GOYA.

¡Eso nunca! Ven y mira:  
(Cogiéndole de un brazo con fuerza.)  
En esa verde *Pradera*  
*del Corregidor* famosa,  
sus representantes cuenta  
la gente de rompe y rasga  
que toda la España encierra.  
Los del Compás de Sevilla,  
Triana y la Macarena,  
con los del Perchel de Málaga  
y Olivera de Valencia:  
todo el mapa picaresco,  
que el gran Cervantes bosqueja.  
Allí campa sin obstáculos  
la manolería intrépida,  
junto á la Virgen del Puerto  
y en la Fuente de la Teja.  
Esa es la gente del bronce,  
que sin temor atraviesa

las calles de Sal si Puedes,  
el Oso y Quebrantapiernas:  
las de Enhoramala Vayas,  
Aunque os pese y la Ternera.  
Los que no temen ni deben  
y asombran con sus proezas  
Las Maravillas, El Rastro  
y El Campillo de Manueía.  
Chisperos y curtidores,  
gremios de la cuatropea,  
terror de los ventorrillos,  
bodegones y tabernas,  
con su capote de mangas,  
su redecilla y coleta,  
chupetin y calzón corto,  
la camisa con chorrera,  
sombbrero de medio queso  
y patillas de chuleta.

ABATE. Allí se ven las manolas  
y majas más pendencieras,  
con su guardapiés ceñido  
y su nacarada media,  
çhapín de raso y hebilla,  
diez ramales cada trenza,  
y la cotilla de peto  
y el monillo con hombreras.  
Morenos son sus amores,  
como sus teces morenas,  
y sus cabellos castaños,  
y sus miradas muy negras.  
Sus piés son dos tentaciones,  
y sus palabras pimienta,  
y cantáridas sus ojos,  
y un sinapismo su lengua.  
Allí Paca la Salada,  
Geroma la Castañera,  
El Zurdillo y el tío Tuétano,  
el Majo y la Petimetra,  
Juana la Ribeteadora  
y Pepa la Naranjera;  
las desgarradas figuras  
que pintan á competencia

en tapices y en sainetes  
con fidelidad perfecta,  
Goya y Ramón de la Cruz,  
su pintor y su poeta;  
que tal pincel y tal pluma  
gasta la gente morena.

CAP. ¡Pero, decidme! ¿esa gente,  
que hay una patria recuerda?

GOYA. Abigarrado conjunto  
de fealdad y belleza,  
de ignorancia y fanatismo,  
de valor y desvergüenza,  
pero fiel depositaria  
de las costumbres añejas  
y enemiga sin examen  
de todas las extranjeras,  
en esa gente del bronce,  
por sentimiento descuella  
un incontrastable espíritu  
de salvaje independencia.  
Que en su temerario arrojo,  
es capáz, por defenderla,  
de tomar, navaja en mano,  
cañones á la carrera.

¡Envueltos en su ignorancia  
y el santo amor á su tierra,  
libres serán, libre el pueblo  
que tales soldados cuental...

CAP. Conducida por lacayos,  
se aproxima una litera.

ABATE. (Á Goya.) Será alguna gran señora,  
que vendrá á ser tu modela.

GOYA. Entremos en el estudio:  
sabrás lo que no sospechas.

CAP. Entrad delante. (¿Qué miro?...

(Vanse Goya y el Abate.)

¡Una mano me hace señas!...)

## ESCENA X

EL CAPITÁN, que se queda detrás, DOÑA PEPITA de maja, cubierta con un manto hasta los piés, descendiendo de una elegante litera conducida por lacayos, que despide con un ademán.

PEPITA. ¡Caballero!...

CAP. ¿Quién me llama?

PEPITA. (Recatándose con el manto.)

Una dama.

CAP. De ella soy, mas poco valgo.

PEPITA. Algo.

CAP. La serviré en cualquier cosa.

PEPITA. Soy curiosa

y la comezón me acosa  
de saber, por lo que importe,  
á qué viene usted á la corte.

CAP. *La dama es algo curiosa.*  
vengo á ver solo en Madrid...

PEPITA. Á mí.

CAP. ¿Quién le dió á usted tal certeza?

PEPITA. Mi belleza.

CAP. ¡Mucho podrá, si es tan linda!...

PEPITA. Que se rinda.

CAP. Quien tal ocasión me brinda,  
algo espera, pues que insiste.

PEPITA. Que quien á mi voz resiste,  
*á mi belleza se rinda.*

CAP. Señora de la litera,  
la de galantes misterios,  
la de los rasgados ojos  
y más que ese manto negros,  
benditas una y mil veces  
las arenillas del suelo,  
que pueden sentir encima  
de tanta hermosura el peso,  
grabando de sus chapines  
el suave contorno estrecho.

(Con arrebato.)

¡Quién fuera, señora mía,  
de su guardapiés el fleco,  
para poder ir besando

donde su pié va poniendol..

PEPITA. (Con ternura.)

¡Basta ya!... ¿No me obedece?

CAP. Asi parece.

PEPITA. ¿Por quién viene usted á Madri?

CAP. Por mí.

¿Me creyó usted, á lo que infiero?...

PEPITA. Zapatero.

CAP. Señora, soy caballero. (Picado.)

PEPITA. Quien muestra tan bajo afán,  
más que bravo capitán  
*parece mi zapatero.*

CAP. ¡Ojalá!

PEPITA. ¡Diga el amigo! (Con seducción.)

CAP. No digo.

PEPITA. ¿Será tal vez una roca?

CAP. Esta boca.

PEPITA. ¿En mi discreción no fía?

CAP. En la mía.

PEPITA. ¿Mi voz que ayer le atraía,  
hoy la escucha sin encanto?

CAP. Si usted no descorre el manto,  
(Resueltamente.)  
*ni digo esta boca es mía.*

PEPITA. Prisionero olvidadizo  
del hospital de Bayona,  
tan prudente en sus palabras  
como temerario en obras,  
tan precavido en la corte  
con quien servirle ambiciona,  
como pródigo en el campo  
de su sangre generosa,  
fiel guardador de banderas  
que manos de nácar bordan,  
y que besar no ha podido  
por encontrarse entre monjas,  
¿es este el premio que guarda  
cuando de la guerra torna?

CAP. ¿Quién es usted? (Fuera de sí.)

PEPITA. ¡Imposible!...

CAP. ¡Oh sí! no puede ser otra.

MÚSICA

- CAP. ¡Mi protectora!  
¡mi ángel es!...  
¡Quiero, señora,  
besar sus piés! (Arrodillándose.)
- PEPITA. ¡Buen caballero,  
levante usted,  
si no me quiere  
comprometer!
- CAP. ¡Nunca fué ingrata  
la juventud!  
Probarle quiero  
mi gratitud.
- PEPITA. ¡El tiempo corre,  
vuelva usted en sí!  
¡Cuentas la patria  
puede pedir!
- CAP. Esa odiada camarilla,  
deshonor del solio real,  
el estado de la guerra  
ocultó á Su Majestad.  
Traigo partes del ejército,  
soy la voz de la verdad,  
y á decirla al Rey yo mismo  
me mandó mi General.
- PEPITA. Si en la corte alguien sospecha  
la misión que trae acá,  
su existencia está en peligro  
y le pueden fusilar.  
Déme usted esos papeles,  
que su vida en ellos va:  
yo le juro que al Rey mismo,  
por mi mano llegarán.
- 
- PEPITA. ¡Déme usted esos papeles!...
- CAP. ¡Entregarlos no, jamás!...  
¡No conoce usted, señora,  
el deber de un militar!...
- 
- CAP. ¡Quiero ver al Rey!...

- PEPITA. Cachaza;  
en el Pardo está de caza.
- CAP. ¡A la Reina voy á ver!...
- PEPITA. Lo echará usted á perder.
- CAP. ¡Al consejo de Castilla!...
- PEPITA. A la gente de golilla  
tiempo no dejan apenas  
procesiones y novenas.
- CAP. ¡Furioso.) ¡Al Marqués contarle quiero!...
- PEPITA. No le escuchará el Marqués,  
porque está en el Matadero,  
aprendiendo volapiés.
- 
- CAP. (Sacándole del pecho.)  
Señora, si este pliego  
al Rey no logro dar,  
sin viles mediadores  
que oculten la verdad,  
la suerte de la Patria  
perdida puede estar!...
- PEPITA. ¡Venga acá!
- CAP. ¡No, jamás!...
- PEPITA. Si usted me le confía,  
no se arrepentirá,  
y á fe de noble dama  
le juro, capitán,  
que á costa de mi vida,  
al Rey ha de llegar.  
¡Venga acá!...
- CAP. ¡No, jamás!...
- ¡La suerte de la patria,  
en él cifrada val!...
- PEPITA. A costa de mi vida,  
al Rey le haré llegar.  
¡Venga acá!...
- CAP. ¡No, jamás!
- PEPITA. ¡Usted desconfía  
de mi lealtad!...
- CAP. Señora, lo impide  
mi honor militar.
-

## HABLADO

- PEPITA. Capitán, usted ignora (De prisa.)  
los peligros que le cercan  
y expone mucho su vida,  
si esa carta no me entrega.  
Llegó un soldado en secreto  
con noticias de la guerra  
para el buen conde de Aranda,  
y fué asaltado en la puerta  
por esbirros, defendióse,  
en esta lucha funesta,  
se comió un papel, hiriendo  
á varios, y en recompensa  
hoy le fusilan, juzgado  
por un Consejo de Guerra.
- CAP. (Furioso entra en casa de Goya.)  
¡Oh, qué iniquidad!... Yo juro  
perecer antes que verla.

## ESCENA XI

PEPITA llama y salen del bodegón el CORREGIDOR,  
el GENERAL y la DUQUESA. Después salen de casa de  
Goya, el CAPITÁN, el PINTOR y el ABATE: al verlos  
Pepita, se quita el manto. Corchetes y pueblo al fondo.

- PEPITA. (Á la puerta del bodegón.)  
Salgan ustedes corriendo,  
que trae partes de la guerra  
para el Rey...
- CORREG. Hay que prenderle  
con un pretexto cualquiera.
- PEPITA. (Se quita el manto y se pone detrás.)  
Aquí está.
- GOYA. (Al Capitán.) Yo te prometo  
que hoy Madrid antes se quema.
- ABATE. (Al Capitán.) ¡El Corregidor!
- GOYA. (Id.) ¡Cachaza!  
y en nombre de Dios, prudencia...
- CORREG. Señor Capitán, parece

que usted á la Corte llega  
para olvidar un instante  
las fatigas de la guerra.

CAP. Sí, señor. (Con ironía )

CORREG. En ese caso,  
mejor ocasión no hubiera.

DUQ. Halla usted á Madrid alegre  
y á la córte muy contenta.

CAP. En efecto, es indecible  
lo mucho que me consuela  
el original contraste  
que á mi vista se presenta.  
Allá me dejo un ejército  
en retirada completa,  
porque ha duplicado el suyo  
la república francesa.

Y cuando llego á la Corte,  
en alas de mi impaciencia,  
y de mis hermanos de armas  
soy la esperanza postrera;  
cuando aún es tiempo y muy tarde  
acaso mañana sea,

al Rey me encuentro de caza,  
á Madrid ardiendo en fiestas,

(Goya y el Abate lo tiran alternativamente de la  
casaca.)

los sabios en el destierro,  
en Salamanca las letras,  
en chorizos y polacos  
divididos los poetas,  
Pepe-Hillo y Costillares  
enseñando á la nobleza,  
los marinos de la armada  
distrayéndose en la pesca,  
las cortesanas en coche,  
en calesín las duquesas,  
la inquisición condenando,  
y en el Retiro la Reina.  
Tanto la corte me gusta  
y este cuadro me consuela,  
que pienso que aquí no corre  
sangre española en las venas:

que si Madrid fuera España,  
ser español maldijera,  
y tal encuentro á la corte,  
que me pregunto si queda  
aquí de pudor vestigio  
ó resto ya de vergüenza...

(Tumulto general. Interrupciones desordenadas.  
Sorpresa en unos, indignación en otros. Terror de  
Goya y el Abate.)

CORREG. Señor capitán, me extraña  
que á hablar así usted se atreva,  
cuando hace ya el arzobispo  
de Zaragoza la oferta  
de dar cuarenta mil clérigos  
armados á sus expensas:  
cuando el general ilustre  
de los franciscanos llega  
hasta pedir la vanguardia,  
para ir á la cabeza  
de diez mil valientes frailes,  
y por fin, cuando se entregan  
al rey los contrabandistas,  
por tomar parte en la guerra,  
y ladrones de caminos  
temporal indulto anhelan,  
por batirse en campo abierto,  
contra los armas francesas.

CAP. ¡Cuando hacen falta soldados,  
son ociosas las ofertas!...

GENER. ¡Basta ya, no se disculpan  
jamás con faltas ajenas,  
generales derrotados  
por cobardía ó torpezal (Con desprecio.)

CAP. ¿Quién hablar así se atreve,  
sin que le arranque la lengua?  
(Llevando la mano á la espada.)

ABATE. El general Cruzalcobas.  
(¡Gran jugador de ruleta!)

CAP. Un general... de paisano...  
no reconozco á vucencia. (Con desprecio.)

CORREG. Yo, Corregidor, lo afirmo.

CAP. ¡Es mentira, si lo fuera,

no insultara á sus hermanos  
que por la patria pelean:  
con su pecho allá estaría  
defendiendo las fronteras!...

CORREG. ¡Tal insulto!... (Mirando al General.)

GENER. ¡Yo le arrestó!...

¡Esa espada!...

CAP. No se entrega.

Militares de salón,  
que aquí empolvan su coleta,  
pueden mandar contradanzas,  
no cicatrices aún frescas.

GENER. ¡Corchetes, pronto, arrestadle!...

(Le acomentan con espadín.)

CAP. ¿Quién presume que yo pueda  
ante espadines de esbirros  
rendir mi espada de guerra?...

(Saca la tizona.—Goya y el Abate se interponen.)

## ESCENA XII

DICHOS y la PRINCESA DE LUZÁN, que llegó  
poco antes.

PRINC. ¡Dé la espada el Capitán! (Interponiéndose.)

CAP. ¿Y quién rendir así manda  
al Capitán Peñaranda?

PRINC. La Princesa de Luzán.

(Enseñando una manga con tres galones.)

CAP. Me rindo á mi coronel. (Entrega la espada.)

PRINC. Castigaré el desacato.

Yo soy su jefe inmediato  
y yo me hago cargo de él.

(Lejano toque de campanas.)

PEPITA. (¡No ceda á supercherías!) (Al General.)

GENER. ¡Señora, si usted ordena!... (Á la Princesa.)

PRINC. Silencio: por la Almudena  
ya bajan las cofradías.

(Todos se descubren.)

PEPITA. (¡Por usted nos han burlado!) (Al General.)

GENER. (¡Al fin es una señora!)

GOYA. (¡Ya se aproxima la hora (Al Capitán.)  
de libertar al soldado!)

---

### MUSICA EN LA ORQUESTA

Comienzan á verso mover luces lejanas por la Cuesta de la Vega, que vienen aproximándose.—Cuadro y armonía.— Salen de casa de Goya varios hombres con velas encendidas, y cuatro mozos llevando grandes costos de cirios, para incorporarse á la procesión.—Delante de ellos un estandarte.

CORREG. Pregunto al señor Goya,  
¿qué son estos señores?...

GOYA. De artistas y pintores  
presido la hermandad.

CORREG. ¡Muchos van!...

PEPITA, GENER. y DUQ. ¡Muchos van!...

CORREG. ¿Á dónde?...

GOYA. Á incorporarse.

CORREG. ¿Qué llevan ahí, en cesto?

GOYA. Son cirios de repuesto.

CORREG. ¡Ya pueden alumbrar!...

GOYA. (Al Capitán.) (¡Ya ves mi cofradía!...  
¡Hermanos tengo á miles!...  
¡Los cirios son fusiles!...  
¡y tu cirio tomarás!)

ABATE. (¡Á pólvora me huele!...  
¡en un volcán estamos!...  
si no los alumbramos...  
nos alumbran ellos más...)  
(Piérdese por grados la música.)

---

### ESCENA XIII

DICHOS y PEPE-HILLO, seguido de una turba de  
majas y manolos.

### HABLADO

ABATE. (Al Capitán.)

(¿Tomas vela en este entierro?)

CORREG. Sigamos la cofradía.

PEPE-H. Cabayeros, un iztante,  
que me ajoga la faitiga.  
Si vuezelensia quiere  
(Á Pepita, descubriéndose.)  
darme premiso  
pa pedila una grasía...

PEPITA. Sí, Pepe-Hillo.

PEPE-H. Pué es er caso,  
que esta tarde afusilan  
á un güen zordao.  
Su pobrecito pare,  
Juan Cachirulo,  
espicha si vuesensia  
no saca indurto.

PEPITA. ¿Y qué delito?...

PEPE-H. Naa. Que ha matao á un corchete  
el probecito.  
Er barrio é la Arganzuela  
ha puesto ahora  
sien velas á la Vigen  
de la Paloma.  
Y es tar la pena  
de la gente, que jace  
yorar las pieras.  
Por una muerteciya  
hoy dan mulé  
ar mozo de más grasía  
del Lavapiés.

PEPITA. (¿Qué resolvemos?) (Al Corregidor.)

CORREG. (Más que nunca es preciso  
un escarmiento.)

PEPITA. Su Majestad al Pardo  
se fué de caza.

PEPE-H. Ya un calesín me truje,  
que es una taza.  
Con un cabayo  
que arcanza los conejos  
mejó que un gargo.  
Por si revienta er potro,  
Luis el Pulío

ha sembrao de calesas  
todo er camino.  
Que á cabayeros,  
no seden nunca á naide  
los caleseros.  
Ya pitaron á escape,  
perdiendo er día,  
dejando sin calesas  
la romería.  
Porque los probes  
también corazón tienen  
como los nobres.

PEPITA. ¿Y si vuelco?

PEPE-H. La Vigen (Campanilla dentro.)

de la Paloma  
velará por Vuesencia,  
güena señora.  
¡Vamos arriba!  
que ya por su arma piden  
las campaniyas.

PEPITA. ¡Yo!

PEPE-H. ¡Arrímate, Pulío!... (Sale la calesa.)

¡Conten er potro!...  
Zeñora, los momentos  
zon mu preciosos.

CORREG. (Es necesario  
entretener la chusma  
con espectáculos!...)

PEPE-H. Mi rodilla á Vuesencia. (Arrodillándose.)

zirve de estrivo:  
sin cudiao ponga ensima  
su pienesito.

CORREG. (¡De ningún modo!...  
es robar distracciones  
á los manolos.)

PEPITA. No debo, Pepe-Hillo...

PEPE-H. ¡Zeñora mía!... (Sorprendido.)

PEPITA. Alentar con mi influjo  
la indisciplina.

PEPE-H. ¡Zeñora, er pié!...  
que drento de una hora (Suplicante.)  
le dan mulé!...

- PEPITA. ¡Imposible!.. (Dudando.)  
PRINC. (Arrojando el manto y rompiendo por entre la Manolera: sabe á la caleza.)  
¡Al escapel...  
¡que yo me brindo!  
y que no te detenga  
ningún peligro!..  
PEPE-H. ¡Dios la bendiga!..  
que viva la Princesa  
de Luzán!..  
MANOL. (Con efusión y tirando los sombreros al alto.)  
¡Vival!..

## ESCENA XIV

### DICHOS, COSTILLARES y ROMERO

- COST. ¡Zeñore, no hay que asustarse!..  
¡Ten la caleza, Pulío!..  
CORREG. ¿Qué hay?  
ROMERO. ¡Naa!.. Que ze ha escapao  
de ahí, de la Tela, un noviyo.  
TODOS. ¡Ah!... (Grito de espanto y fuga general.)  
PEPE-H. (Jezú y qué eztangurria!..  
COST. ¡Hombel ¡pa naa tanto ruido!..  
PEPE-H. ¡Zeñorita, no ze azuste!  
¡Eh, muchachos al avío!..  
Zargan aquí las cuadriyas  
(Llamando á la puerta del bodegón: salen los Manolos con guitarras, bandurrias y panderos.)  
¡con vigüela y guitarrayos!..  
¡Ayéguence, cabayeros!..  
á escortar como hombre fino  
á la zeñora Princeza,  
hasta er otro lao del río.  
(Los Manolos se formn de cuatro en cuatro.)  
Y vamos tocando marcha,  
que zi parece er noviyo,  
er señó Frasquito Goya  
le arrima un par de zirbíos,  
y me dá esa espá vucencia;  
zuertan zus capas los chicos. (Capas al brazo.)

de muleta armo la mía,  
Costiyares para er vicho,  
Pedro Romero le güerve.  
y lo mata Pepe-Hiyo.

GOYA. (A la Princesa.) (Evitar puede usted sola  
que andemos todos á tiros.)

CAP. (Sacándolos del pecho y dándolos á la Princesa.)  
(Al Rey solo estos papeles,  
reservados y gravísimos.)  
(En pié sobre la calesa.)

PRINC. ¡En marcha y que Dios me ampare!

PEPE-H. ¡Alante los moso fino!...

¡Vamo á pasá la caleza  
á ese güey po lo josico!...

(Pepe-Hillo, Romero y Costillares marchan delante: tuégo la calesa; Goya al lado de ella; detrás la Manolería formada de cuatro en cuatro, con bandurrias vihuelas y panderas, tocando y cantando la marcha anterior que se pierde por grados: al partir, un vitor prolongado. El Capitán sigue también al cortejo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO

---

Noche oscura.—A la derecha del espectador, en primer término, y ocupando la mitad de la escena, una casucha baja de techo y medio derruido, suprimido el muro de frente, para que el interior se halle á la vista del público.—Dentro de la casa, dos puertas á la derecha que comunican á otras habitaciones: á izquierda, primer término, una puerta que comunica á la calle y una ventana con celosía: en segundo término, puerta grande en el fondo: la Ciega, vestida de dueña, dormida de bruces sobre una mesa de pino, alumbrada por un candil, colgado de la pared.—Fuera de la casa, á la izquierda, y frente al espectador, la puerta de una taberna con una rama de olivo y un jarro colgado encima de un letrero que dice: HORCHATA DE CEPAS.—Entre la puerta de la taberna y la casucha de la derecha, un callejón tortuoso y sombrío en cuesta rápida que marcha al fondo del teatro con dos boca-calles á izquierda, perdiéndose á lo lejos.—Por cima, y más allá del tejado de la casucha, se ven algunas copas de árboles, un pretil ó callejón con antepecho que comunica en ángulo recto con el anterior, y en el fondo del teatro con fachadas al callejón y al pretil, un lujoso palacio cuyos balcones abiertos, permiten ver los salones iluminados con arañas y la multitud que baila, canta y alborota. La escena muy oscura y alumbrada sólo con luna nublada y un miserable farolillo de una Virgen colocada en la esquina chaffanada de la segunda boca-calle de la izquierda.

## INTRODUCCIÓN MUSICAL

Después de un prelude instrumental, se alza el telón y aparecen bebiendo dentro de la taberna el **SANTERO** y el **CIEGO**, la **CIEGA** dormida en la casucha, y en los salones del palacio, cantando y bailando una contradanza. El **ABATE** asomado á un balcón del palacio.

**ABATE.** La grave contradanza  
le gusta á don Manuel,  
porque á doña Pepita  
la ve lucir el pié.  
Hevillas de brillantes  
quisieran muchos ser,  
á cambio de ir encima  
de tan pulido pié.

(Coro y baile dentro, talareando.)

**ABATE.** (Al balcón.)  
Calada y fina media  
quisieran todos ser,  
para tener sorbido  
el seso á don Manuel.  
Chapín de la tal dama,  
¡ay quién pudiera ser!...  
y así mandar como ella  
España á puntapiés.

(Coro y baile en el palacio, talareando, y concluye la contradanza con bravos y aplausos.—El Abate se quita del balcón.—Romero y Costillares, á la puerta de la taberna, cantan con algazara y palmotean la siguiente canción popular de la época, llamada El Perulillo.)

«Por lo dulce las damas  
jolín, jolín, Perulí achulé ole jé, ai zá,  
son desaborías:  
yo las quiero muy agrias  
jolín, jolín, Perulí, etc.  
pero sabrositas.  
Cariño de mi vida,  
jolín, jolín, Perulí, etc.  
eres tan chuscaza,

que á toditos los hombres  
jolin, jolin, Peruli, etc.  
les robas el alma.»

(Se van los toreros.) Salen de la taberna el Ciego  
y el Santero.—Diálogo con acompañamiento si-  
niestro de la orquesta.)

## HABLADO

- CIEGO. (Echándole el brazo por la espalda.)  
¡Tú eres mozo de provecho:  
te eché el ojo allá en el río!...  
¿Quieres ganarte unos cuartos,  
honradamente?..
- SANT. ¡Ahora mismo!...  
¿Á qué estamos?... Habla pronto:  
yo sé cumplir con mi oficio.
- CIEGO. ¿Llevas mondadientes?
- SANT. (Sacando una navaja.) Mira.
- CIEGO. ¿Sabrás dar mulé á un mocito?
- SANT. ¿Lo pagan bien?...
- CIEGO. Treinta onzas.
- SANT. (Abriendo la navaja.)  
¡Entonces, dime á quién pincho!...
- CIEGO. ¿Y si es militar?...
- SANT. Lo mato.
- CIEGO. Pues calla y vente conmigo.  
(Lo coge por un brazo y al echar á andar, sale por  
el callejón de la Virgen, sube el pretil y atravie-  
sa la escena un hombre con capa larga, una lin-  
terna sorda, un cajón ó cepillo colgado á la cin-  
tura y una campanilla que viene tocando de tiem-  
po en tiempo y gritando con lúgubre entonación  
particular.)  
«¡Para hacer bien y decir misas  
por los que están en pecado mortal!»
- SANT. (Aterrado.) ¡No.... ¡vete solo!... ¡No escuchas?  
¡De Dios parece un aviso!
- CIEGO. (Zarandeándole.) ¿Tiemblas, cobarde santero?
- SANT. (Amenazador.) ¡Vete, ciego!...
- CIEGO. (Con mofa.) ¿Quién ha visto

hacer ascos á las onzas  
un desertor de presidio?...

(Dan dos ó tres pasos para irse. Vuelve á oirse  
otra vez la voz del pregonero diciendo.)

«Hombre que estás en pecado,  
»si en esta noche murieras,  
»piensa bien á donde fueras.»

SANT. (Con mucho terror.)

Parece la voz de ese hombre  
de Dios el tremendo grito,  
que á ti y á mí nos pregunta:  
¿qué vais á hacer, asesinos?...

CIEGO. (Sonando un bolsillo con oro, no con hojadelata  
como se acostumbra entre españoles.)

¡Ó vienes, ó te delatol...

SANT. ¡Calla!... Ciego maldecidol...

(Se va por el fondo: óyese á lo lejos el grito  
apagado.)

«¡Para los que están en pecado mortal!»

(La orquesta acaba por consunción. Todo queda en  
silencio profundo.)

---

## ESCENA PRIMERA

DOÑA PEPITA recatada y con precaución, seguida del  
CORREGIDOR embozado, entran en la casucha por la  
segunda puerta de la derecha y despierta á la CIEGA.

### HABLADO.

PEPITA. Esta es la casa... (Despertándola.) ¿Violante?

CIEGA. (Sobresaltada.)

¡Ah, gran señora!

CORREG. ¡Silencio!

CIEGA. ¿Mas por dónde entró Vucencia?

PEPITA. Nada te importa saberlo. (Dándole dinero.)

Déjanos: toma y vigila.

CIEGA. El estrado está dispuesto. (Vase.)

- PEPITA. Esta *casa de los duendes*,  
que así dió en llamarla el pueblo,  
por estar siempre cerrada  
sin alma viviente dentro,  
motivo fué para el vulgo  
y para ociosos pretexto  
de invenciones y patrañas  
de aventuras y misterios,  
en que yo fui la heroína;  
dando origen á los cuentos  
que al jardín de mi palacio  
tiene el muro medianero.
- CORREG. ¡Es verdad, doña Pepita:  
respetando como debo  
su virtud inmaculada!...
- PEPITA. ¡Hipócrita!...
- CORREG. La confieso  
que á mis oídos llegaron  
esos rumores siniestros  
de sombras á media noche  
por callejones desiertos,  
de bacanales y orgías  
y de imprevistos encuentros  
de comediantes con duques,  
de príncipes con toreros.  
¡Pero calumnias infames!...  
¡Usted!... ¡usted!... (¡Chúpate eso!..)
- PEPITA. Pues bien: matar la calumnia  
no está en mi mano, no puedo,  
mas para librarme de ella...
- CORREG. Morirse: no hay otro medio.
- PEPITA. No tal: atraer su cólera  
hacia personajes nuevos.  
Así, por dar á servicios  
del Abate justo premio,  
le alquilé esta casa gratis  
y aquí trae sus devaneos.  
que son muchos más que letras  
tiene mi libro de rezo.
- CORREG. ¡Bien discurredo!... (Ella fuma  
y el otro escupe: soberbio!..)
- PEPITA. Ahora es preciso que explique

usted su tenáz empeño  
de conocer esta casa.

**CORREG.** Tengo aquí un plan maquiavélico.

¿Se acuerda usted de los cirios,  
guardados en grandes cestos,  
que la noble cofradía  
de pintores y arquitectos  
á la procesión condujo?

¡Pues eran armas de fuego!...

Al llegar las hermandades  
hacia el Puente de Toledo,  
debían coger la guardia  
del cuartel, salvar al preso  
en el tumulto y librarle  
asi del fusilamiento.

Gracias á la Princesita  
y á los bravos caleseros,  
el perdón de ese soldado  
dos guardias de Corps trajeron

á escape desde el Real sitio,  
salvándose al mismo tiempo  
de una catástrofe cierta  
los conspiradores gremios.

Tenía dos batallones  
de valonas, ya dispuestos  
para no dejar con vida  
un pintor ni un arquitecto.

En fin, nos hemos privado  
de una emoción para el pueblo,  
que le hubiera entretenido  
semana y media, lo menos.

**PEPITA.** ¡Qué lástima!...

**CORREG.**

Sin embargo,  
sé que aquellos grandes cestos  
se han traído aquí de noche,  
y de esto, señora, infiero  
que aquí nuestros enemigos  
se reúnen en silencio.

**PEPITA.** ¡Aquil!...

**CORREG.**

Sí: los literatos  
miran con noble respeto  
este ruinoso edificio,

porque encierra un gran recuerdo.  
Aquí mismo y á mediados  
del siglo décimo sexto,  
enseñaba humanidades  
el celebrado maestro,  
párroco de San Andrés,  
donde está su enterramiento,  
y doctor Juan López de Hoyos,  
á su alumno predilecto  
el gran autor del Quijote,  
y bajo este humilde techo  
empezó á componer versos.

PEPITA. Y usted, ¿qué espera?...

CORREG. Está claro:

acechar y sorprenderlos.

PEPITA. ¿Ya para qué?... ¡usted ignora  
que nuestra ruína es un hecho!...

(Con pesar.)

La princesa de Luzán  
al Pardo llevó los pliegos  
que el capitán Peñaranda  
ha traído del ejército.  
El Rey llamó anoche al duque,  
y con firme y noble acento  
dijo que se le tenía  
en un engaño completo.  
Que habían sido infructuosos  
el valor y los talentos  
del buen general Ricardos,  
pues que el Rosellón no es nuestro.  
Que la torpe retirada  
y continuos desaciertos  
de sus sucesores, cuestan  
veinte mil hombres, lo menos.  
Que claramente es traidora  
rendición al extranjero  
la de Figueras, contando  
más de diez mil hombres dentro  
y con doscientos cañones  
que no han llegado á hacer fuego.  
Por último, dijo al duque

de la Alcudia el Rey: «no quiero  
á mi lado unos ministros  
ni en mi Cámara un Consejo,  
que hán menester sostenerse  
con la sangre de mis pueblos,  
y pierden en tres campañas  
hasta la orilla del Ebro.»  
Juzgue usted... Ya todo es tarde...  
Corregidor, no hay remedio...  
¡Tal vez pronto nos espere  
la pobreza y el destierro!...

CORREG. ¡Sí... ya esperanza no hubiera, (Con energía.)  
sin el poder de mi ingenio!...  
En tanto que usted velaba  
á Pepe-Hillo en su lecho,  
olvidando ante su herida  
deber, honor, mundo entero,  
y mientras hacía el duque  
de su poder testamento,  
yo en mi coche de colleras  
y por la Puerta de Hierro,  
salía al rayar la aurora  
tan rápido como el viento.

PEPITA. ¿Sabía usted?... (Con ansiedad.)

CORREG. Me bastaba  
saber, por Pedro Romero,  
que al partir en la calesa  
la de Luzán, tomó un pliego.

PEPITA. ¡Ah!..

CORREG. Llegué al Rey y le dije  
que en aquel mismo momento,  
de descubrir acababa  
un complot con el objeto  
de falsificar despachos  
procedentes del ejército,  
para engañar al monarca  
y destruir al gobierno.  
Busqué en la cárcel de córte  
á un falsificador preso,  
y ya traigo en mi bolsillo  
las pruebas para perderlos.  
¡Una ocasión, una sola,

- y el triunfo mañana es nuestro!
- PEPITA. (De prisa.) Tres días más de privanza  
y nos salvamos. Se han hecho  
á Francia proposiciones  
para la paz, en secreto;  
tiene orden el emisario  
de alcanzarla á cualquier precio,  
y en ese plazo se espera  
que llegue el consentimiento.
- CORREG. (Con rapidéz.)  
Corra usted á ver al duque  
y que al Rey, sin perder tiempo,  
le diga que la República  
un embajador expreso  
le manda y la paz nos pide,  
por un poco de dinero.
- PEPITA. ¡Es verdad!...
- CORREG. Yo voy en tanto,  
á ver si en la casa encuentro...
- PEPITA. ¡Las velas de esos devotos!...
- CORREG. ¡Los cirios para su entierro!...  
(Suenan las diez.)

## ESCENA II

DICHOS y la CIEGA, apresurada.

- CIEGA. ¡Gran señora!...
- PEPITA. ¿Qué sucede?...
- CIEGA. Las diez están dando y temo  
que llegue el señor Abate,  
ó acaso algún manto negro,  
y puedan ver á vueceencias.
- PEPITA. ¡Corregidor, vamos presto!...
- CIEGA. ¿Por qué puerta?...
- CORREG. Por ninguna.
- PEPITA. Quédate aquí: ya saldremos.  
(Suenan palmadas: una sola y después dos juntas,)
- CIEGA. ¡La señal!...
- PEPITA. ¡Puedes abrirles,  
y para todos silencio!...  
(Vanse por la segunda puerta de la derecha.)

## ESCENA III

La PRINCESA, el ABATE, el CAPITÁN y GOYA

La Ciega abre la puerta; aparece por el primer bastidor de la izquierda y por delante de la taberna, una litera con cortinas cerradas, conducida por el Abate y Goya; el Capitán va detrás; entran en la casucha: á una seña del Abate, vase la Ciega, sale de la litera la Princesa y colocan el mueble al fondo.

- ABATE. Carga tan dulce y ligera,  
tragimos de mil amores.
- PRINC. No merezco yo, señores,  
tales pajes de litera.
- ABATE. Si nada hay que pese tanto  
como un cruel remordimiento,  
aún pesa menos que el viento  
la mujer que es nuestro encanto.
- GOYA. ¿Abate, que no te enmiendes?...
- CAP. Vete ya á lo convenido.
- PRINC. ¿Pero á dónde me han traído?...
- GOYA. Á la *Casa de los Duendes*.
- PRINC. (Sobresaltada.)  
¡Dios mío!... ¡y estamos solos!...
- GOYA. Entre sus ruinosos muros  
podemos hablar seguros:  
pronto vendrán los Manolos.
- CAP. Nadie aquí te necesita (Al Abate.)  
y tiempo no hay que perder,  
conque te puedes volver  
al baile de la Pepita.
- ABATE. No obréis sin contar conmigo.
- PRINC. Vaya usted, que yo respondo.
- ABATE. Reconocer quiero á fondo  
el campamento enemigo. (Vase por la calle.)
- GOYA. ¡Hable usted por Dios, Princesal...
- PRINC. ¡Al Rey pude ver al fin!...
- GOYA. ¿Y estudiaba el violín?
- PRINC. No: barnizaba una mesa.

- CAP. ¡Hay paciencia que resista!... (Furioso.)  
PRINC. ¡Tan bueno!... ¡tan indulgente!...  
GOYA. ¡Es un músico excelente!...  
PRINC. Pero es mejor ebanista. (Con tristeza.)  
Con acento acongojado  
y con profunda emoción,  
al Rey le pedí el perdón  
de ese valiente soldado.  
Afligido también él,  
aunque olvidando su trono,  
me respondió *«le perdono  
si lo consiente Manuel.»*
- CAP. ¡Ira de Dios!... (Furioso.)  
GOYA. Ten cachaza,  
que empezando estás ahora.  
PRINC. «Señor, dentro de una hora,  
es fusilado en la plaza,»  
le dije al Rey, que del suelo  
levantóme, ya vencido,  
y que enjugó conmovido  
mi llanto con su pañuelo.
- GOYA. Cuando los guardias llegaron,  
gritando, ¡perdón!... ¡perdón!...  
no hubo frío un corazón:  
todos los ojos lloraron.
- CAP. Desde entonces, con afán  
dos nombres Madrid aclama;  
el del Rey y el de una dama:  
¡la Princesa de Luzán!...
- PRINC. Fecundas fueron, señores,  
las lágrimas que he vertido;  
que á mi palacio he subido  
por una alfombra de flores.
- GOYA. Es de gratitud la bella  
expresión de un pueblo entero.
- CAP. Desde el grande al pordiosero,  
todos tienen parte en ella.
- GOYA. Y aún falta más todavía,  
porque á la fiesta inmediata,  
dará á usted gran serenata  
toda la Manolería.
- PRINC. Quiero que ustedes lo eviten:

temo, por graves razones,  
que tales demostraciones  
á la camarilla irriten.

GOYA. ¿Qué importa?... ¡Tal vez se entierra  
esta noche ya debe saber

CAP. El Rey ya debe saber  
el estado de la guerra.

PRINC. Amigos míos, no creo  
tal ventura para España:  
presumo que les engaña  
á ustedes su buen deseo.  
Y aunque esperanzada estoy,  
aunque su ilusión comparto,  
todo lo ve Carlos cuarto  
por los ojos de Godoy.  
Carlos es Rey sin reinar,  
porque ha dejado perder  
la costumbre del poder  
por el placer de cazar.  
Si bondadoso y clemente,  
es tímido, irresoluto,  
y España paga tributo  
á su espíritu indolente;  
Rey, que olvidando su raza,  
por causas que no penetro,  
ha trocado su real cetro  
por su escopeta de caza;  
Así, cuando me mandó  
que los despachos leyera  
y con noble actitud fiera  
tantos desastres oyó;  
cuando amenazando á Francia,  
y de cólera lloroso,  
le vi recorrer furioso  
á grandes pasos la estancia,  
creí lograr mis esfuerzos,  
viendo al Rosellón partidos  
generales entendidos  
y vigorosos refuerzos.  
Mas todo recurso en él,  
fué gritar como un vasallo:  
*que monte un guardia á caballo*

y llame pronto á Manuel.

CAP. (Furioso.) ¡Ó cesa tanta mancilla,  
ó la Patria se derrumba!...

GOYA. (Cogiéndolo del brazo.)  
Esta noche, abrimos tumba  
á esa infame camarilla!...

CAP. ¡Para eso vine yo aquí!...  
Pronto estoy: ¡mi vida inmolo!...

GOYA. ¡No se salva ni uno solo!  
¿Quieres saber cómo?...

CAP. Sí.

PRINC. (Interponiéndose.)

¡Nada de sangre!... ¡qué horror!...

No conspiremos con saña,  
que para salvar á España  
cualquier camino es mejor.

¡Fácilmente se destruye!...

ustedes serán cabeza,  
y dirán al pueblo: *empieza*;

mas... ¿quién le dice: *concluye*?

El Rey á su mismo lado  
tiene el mal, pero está ciego,

y no podéis hacer fuego,  
porque el trono es un sagrado!...

Y por males que lloréis,  
nunca, jamás se redimen  
con el oprobio del crimen  
que mató á Luis dieciseis.

GOYA. ¿Entónces? (Con desesperación.)

PRINC. (Al Capitán.) Al Escorial  
hoy Carlos cuarto ha partido,  
y para usted le he pedido  
un salvo-conducto real. (Dádoscle.)

Si á usted le vé, si le escucha  
pintar con vivos colores

los estériles horrores,

de la mortífera lucha,

tal vez logre usted la hazaña  
de encender su indignación.

¡El rey tiene corazón!...

¡Tal vez salvemos á España!...

CAP. Lo que importa más, señora,

que llegue á Su Majestad,  
es la voz de la verdad,  
que apenas oyó hasta ahora.  
Lo que la nación demanda,  
es la verdad en su oído,  
que un vil destierro ha valido,  
al noble conde de Aranda.  
Que llegue á saber el Rey  
lo que el rumor ya publica,  
que en España se trafica  
con su honor y con la ley.  
Que por saciar los deseos  
de una belleza no casta,  
se hace pública subasta  
de los más altos empleos.  
Que si recursos no arbitra  
una cortesana en boga,  
hace vender una toga  
ó subastar una mitra.  
Que el enemigo reacio,  
mortal de nuestro país,  
no hay que buscarle en París,  
sino en su propio palacio.  
Que la sangre y los tesoros  
de España, sólo sustentan  
á los que al pueblo alimentan  
y educan con *Pan y toros*.  
Que sólo su voz augusta  
aún puede salvar á España,  
concluyendo una campaña  
impolítica é injusta.  
Y que jamás Dios auxilia  
al Rey que su patria inmola,  
vertiendo sangre española  
por agravios de familia. (Pausa.)  
Si yo, capitán oscuro,  
tan ardua empresa acometo  
sin lograr mi noble objeto,  
me fusilan de seguro.  
A tan alta empresa aspira,  
con el poder de su labio,  
sólo un héroe ó un sabio

incapáz de la mentira.  
Un gran hombre, sólo uno,  
fué para intentarlo audáz:  
¿quién de seguirle es capáz?...  
Ningún español, ninguno.

PRINC. ¡No busque usted cortesanos!...  
Mas si uno ha habido, habrá dos;  
que aún vive, gracias á Dios,  
don Gaspar de Jovellanos.

GOYA. ¿Y olvidará sus injurias?...  
¿su destierro á Salamanca?  
¡Nadie, señora, le arranca  
de su retiro de Asturias!...

PRINC. ¡Si yo le pudiera ver,  
conmigo á Madrid vendría:  
si me escuchara, tendría  
seguridad de vencer!...

GOYA. ¿Usted arriesgarse?... ¡No!...

PRINC. Pues buscare es necesario  
un atrevido emisario,  
que le sepa convencer.

CAP. Yo.

Discípulo suyo fui  
en las áulas de Alcalá  
y aún de mí se acordará.

PRINC. (Con satisfacción.)  
¿Luego usted se atreve?...

CAP. Sí.

PRINC. ¡Solo no!...

GOYA. Con diez Manolos.

CAP. Mucho abultan; no es prudente.  
Cuando más, con mi asistente:  
bastamos dos hombres solos.  
Esta misma noche parto.

PRINC. Dios haga que don Gaspar  
sea el ángel tutelar  
de España y de Carlos cuarto.

## ESCENA VI

DICHOS y EL ABATE apresurado por la calle.—Trae  
llaves para abrir la puerta de la casucha.

ABATE. ¡Ya se ha salvado la patria!

- Atención y punto en boca.
- GOYA. ¿Hay novedades?
- CAP. ¿Qué ocurre?
- PRINC. ¿Espíque usted?...
- ABATE. Voy, señora.  
¡Ya no vendrán los franceses!...  
¡España vuelve por su honra!...  
Ya la política es grande  
y nuestros esfuerzos sobran.
- PRINC. (Con efusión.)  
¡El rey atiende á mis súplicas!
- GOYA. ¡Habla, que el gozo me ahoga!...
- ABATE. El palacio de Pepita  
es chico y las salas pocas  
para contener la gente  
que ahí acude y se amontona...  
Grandes próceres, magnates,  
espadas, mantos y togas,  
ilustres covachuelistas  
y en fin, la nobleza toda,  
de la favorita invaden  
la mansión deslumbradora,  
que el motivo es poderoso  
y antiguos rencores borra.  
La indignación es unánime,  
temible y justa la cólera,  
nobilísima la causa,  
las consecuencias dudosas.  
Ya sabréis que Pepe-Hillo  
esperanzas muy remotas  
ofrece de vida...
- CAP. (Impaciente.) ¡Acaba!...
- ABATE. Que las más altas señoras  
turnan velando al herido;  
que está llena de carrozas  
la calle de Canta Ranas;  
que una guardia de valonas  
contiene á la muchedumbre  
que á su vivienda se agolpa;  
que la misma Reina manda  
un ginete de hora en hora,  
por las últimas noticias

de una salud tan preciosa,  
que van duquesas descalzas  
hasta el santuario de Atocha,  
y de cirios tiene un bosque  
la Virgen de la Paloma;  
y en fin, que si Pepe-Hillo  
se nos muere y se remonta  
á la mansión de los héroes,  
borracho de fama póstuma,  
España vestirá luto  
y el Ebro será una gota  
para el torrente de lágrimas  
que habrá por tierra española.  
Pues bien: presuman ustedes  
en tal estado las cosas,  
el efecto que produce  
al estallar como bomba,  
una noticia increíble,  
que deja á Madrid atónita.  
De un expediente formado  
con rapidéz asombrosa,  
que se empezó esta mañana  
y ya de mil pliegos consta,  
resulta que un tío Gallón,  
que los toriles custodia,  
tomó ayer de una tapada  
en esa taberna próxima,  
un bolsillo, como precio  
de una traición alevosa,  
y echó un toro castellano  
á Pepe-Hillo. La nombran  
á usted como de ese crimen  
principal instigadora,  
de acuerdo con Jovellanos,  
con la idea tenebrosa  
de matar la tauromaquia.

GOYA. ¡Qué absurdo!

PRINC. Nada me importa.

ABATE. Se ha mandado á su palacio  
una guardia de valonas,  
para prevenir del pueblo  
cualquier explosión de cólera.

- CAP. ¡Infames!
- ABATE. Y á Jovellanos,  
embajador se le nombra  
en Rusia, para alejarle,  
con la orden perentoria  
de embarcarse en la Coruña,  
sin plazo, excusa, ni prórroga.
- PRINC. (Con desaliento.)  
¡Nada ya que hacer nos resta!
- GOYA. (Con energía.) ¡Sí .. tomar venganza pronta!

—————  
MÚSICA

- GOYA. Aunque usted, Princesa noble,  
se prosterne ante mis piés,  
no desisto de mi empeño  
ni me hará retroceder.  
Ahí están los enemigos  
de mi patria y de mi Rey,  
y ocasión tan venturosa  
no volvemos á tener.
- CAP. Si mi vida pide España,  
yo mi vida le daré:  
esos son sus enemigos,  
no el ejército francés.  
¡Junta está la camarilla  
y dudar es perecer!  
¡Sangre á voces pide España!...  
Y esa sangre hay que verter.  
(Dándose la mano.)
- ABATE. (Á la Princesa.)  
Y lo harán como lo dicen,  
que á los dos conozco bien:  
el muchacho es un demonio,  
y el pintor aragonés.  
El palacio de Pepita  
son capaces de encender,  
cuando lleguen los Manolos  
del Barquillo y Lavapiés.  
Pues que no hay otro camino

ni esperanza de vencer,  
de salvar á nuestra patria  
cualquier medio aceptaré.  
¡Mas con sangre de españoles  
vuestras manos no manchéis!...  
La venganza es un delito,  
que jamás conduce al bien.

CAP. ¡Justicia, señora!...

GOYA. ¡Justicia, no más?

PRINC. ¿Y cómo?

GOYA. ¡Silencio...!

ABATE. No hay nadie.

GOYA. ¡Escuchad!...

Entre el patio de esta casa  
y ese próximo jardín  
del palacio de Pepita,  
y por bajo del pretil,  
una bóveda hay oculta  
y mandada construir  
para el culto de una Venus,  
cuyo templo se halla aquí.

PRINC. ¡Es posible!...

(¡Nos ahorcan!...)

CAP. Continúa.

GOYA. Pues oid.

Ciérrala de yedra un muro  
de este lado, y por allí  
á una estufa de cristales  
va la bóveda á salir.

### CONJUNTO

ABATE. Pues ya por asalto  
me toman la casa...  
si el golpe fracasa,  
nos mandan ahorcar...

GOYA. El golpe le damos  
nosotros dos solos  
y algunos Manolos,  
que voy á buscar.

CAP. El golpe le damos  
nosotros dos solos

- con esos Manolos  
que vas á buscar.
- PRINC. ¡Tomar por asalto  
de noche su casa!...  
Si el golpe fracasa,  
perdidos están.
- GOYA. Voy en busca de mi gente.
- CAP. Ve con Dios: te espero aquí.
- ABATE. En salvando á mi Tirana,  
nada tengo que pedir.

### CONJUNTO ANTERIOR

- PRINC. ¡Que Dios les proteja!...
- GOYA y CAP. ¡Perdidos están!...
- ABATE. ¡Nos mandan ahorcar!...
- (El Abate vase por la calle: Goya por el interior  
de la casa.)

## ESCENA V

LA PRINCESA y el CAPITAN

### HABLADO

- PRINC. Esta mansión solitaria,  
me aterral...
- CAP. ¡Dios nos apoyal...
- PRINC. ¡No acompañe usted á Goya  
en su empresa temeraria!
- CAP. Señora, el estrecho espacio  
de una corta galería,  
nos separa de la orgía  
que bulle en ese palacio.  
Nadie el triunfo nos disputa  
y á lograrle nos provoca  
la saturnal torpe y loca  
de una corte disoluta.
- PRINC. Los males que á España afligen  
tienen hondo el manantial.  
¿Qué hará usted matando el mal,

si no destruye su origen?...  
¡Teñirse en sangre las manos!...  
¡Su patriotismo le ofuscal...  
Lo primero es ir en busca  
de don Gaspar Jovellanos.

CAP. Por la fe de caballero,  
que antes de rayar la aurora,  
salgo de Madrid, señora,  
y arde esa casa primero.

PRINC. ¿Y si halla muerte cruel?... (Suplicante.)

CAP. ¡Por mi patria doy la vida!...

PRINC. Caballero, usted olvida (Altiya.)  
que yo soy su coronel. (El Capitán se cuadra.)

Si el capitán Peñaranda  
á mi súplica no accede,  
desobedecer no puede  
al superior que lo manda.

CAP. Desde que en Italia un día  
la ví á usted en el convento,  
un amor hacia usted siento,  
que raya en idolatría.

Pensé que tanta hermosura  
y tan bella juventud,  
tendrían por ataúd  
una perpétua clausura.

Pensé que era tumba angosta  
para la hija de España,  
que levanta en tierra extraña  
un regimiento á su costa.

Y al jurar, puesto de hinojos,  
en sus manos mi bandera,  
como las hachas de cera,  
lloraban también mis ojos.

No me volví á separar  
de aquella emblema sagrada,  
por esas manos bordada,  
sino próximo á espirar.

Rota del plomo extranjero,  
pero triunfante la ví,  
y envuelto en ella caí  
moribundo y prisionero.

Dios al débil no abandona

y soñé ver una dama,  
orando al pié de mi cama  
del hospital de Bayona.  
Ví un ángel junto á mi lecho,  
bajo forma de mujer,  
y llanto sentí caer  
como bálsamo en mi pecho.  
Mi mente febril y loca  
me pintaba con delicia  
el rostro de una novicia,  
envuelto en su blanca toca.  
Certidumbre ó frenesí,  
ilusión ó realidad,  
el ángel de la piedad  
ha sido usted para mí.  
Puede usted juzgar ahora:  
por gratitud, por amor,  
por deber y por honor,  
mi vida es de usted, señora.  
Pero la patria me grita  
que sucumbe si obedezco,  
y hacer pavesas ofrezco  
el palacio de Pepita.

PRINC.

¿Y si mi súplica abona  
aquella piadosa dama,  
que oraba al pié de su cama  
del hospital de Bayona?...  
¿Y si en decirle consiento  
que el ángel que soñó ver,  
era esa débil mujer  
que conoció en el convento?

CAP.

Por la dicha embriagado  
y anhelante el corazón,  
imploraré mi perdón,  
ante sus plantas postrado.  
¡La diré con voz sumisa,  
que hasta mi sangre la ofrezco:  
la diré que no merezco  
ni aun besar donde ella pisa!...  
¡Pero en esta lucha extraña  
que me obliga á ser traidor  
á mi patria ó á mi amor,

no hay que dudar: vence España!...

PRINC. Mi corazón adivina  
que la muerte á usted espera,  
como la Virgen no quiera  
darle protección divina.

---

## MÚSICA

PRINC. Este santo escapulario  
que le voy á dar, (Sacándosele.)  
fué colgado á mi garganta  
por Su Santidad;  
y en Sicilia y en Bayona  
no me abandonó jamás.  
Teñido está en sangre  
de un buen capitán,  
velado en el lecho  
de un pobre hospital.  
Ya una vez salvó su vida  
y otra vez la salvará.  
(Se le pone; él de rodillas.)

CAP. Cual depósito sagrado  
en mi pecho siempre irá.

---

## ESCENA VI

### HABLADO

DICHOS y GOYA seguido de ocho Manolos embozados,  
penetra cautelosamente por la puerta que da al interior.  
Poco después, el ABATE y la TIRANA de luto, salen  
del palacio de Pepita y entran en la casucha por la calle.

GOYA. (Á los Manolos que se descubren con respeto.)  
La Princesa de Luzán,  
nuestra grande protectora,  
y el Capitán Peñaranda,  
que dirige la maniobra.

PRINC. ¡Dios ponga tiento en sus manos!...

GOYA. Esta es mi gente, señora.

CAP. ¿Y sabe á lo que ha venido?

- GOYA. Y á realizarlo está pronta.  
PRINC. Esperemos al Abate.  
ABATE. Presente. (Entrando con la Tirana.)  
CAP. (Con resolución.) ¡Llegó la hora!...  
ABATE. Ya me traigo á mi Tirana;  
lo demás poco me importa.  
PRINC. (Con desprecio.)  
¿Y en qué se ocupa á estas fechas,  
la aristocracia española?...  
ABATE. El traje de Pepe-Hillo,  
empapado en sangre roja,  
sobre una bandeja de oro.  
contempla la gente atónita.  
Sólo se espera á que llegue  
una altísima persona,  
para partirle en pedazos  
que se han de rifar á onza:  
pues todos tener pretenden  
esa reliquia preciosa,  
y hacer un fondo al herido  
que tanto á su patria honra.  
TIRANA. Y en tanto que así se ocupa  
la aristocracia española,  
don Ramón de la Cruz Cano,  
autor de trescientas obras,  
don Ramón el sainetero,  
como Lavapiés le nombra,  
que presentir ha sabido  
la comedia filosófica,  
y á Iriarte y Moratin  
mostró una senda gloriosa,  
ha muerto casi olvidado.  
PRINC. ¿Dónde?...  
CAP. ¿Cómo?...  
GOYA. ¿Cuándo?...  
TIRANA. Ahora;  
en casa de un carpintero,  
recogido de limosna.  
(Pausa: todos se descubren.)  
GOYA. ¡Oh patria de *Pan y toros!*...  
¡te reconozco en tus obras!...  
¡En cada pueblo edificas

plaza de toros suntuosa,  
cuando á Calderón y á Lope  
no das ni una estatua sola!...

TIRANA. Al saber tan triste nueva,  
hemos cambiado de ropa,  
Máiquez, Rita Luna y yo,  
y con cuatro ó seis personas,  
de la fiesta hemos salido;  
mientras la música entona,  
y danzan los bailarines  
al compás de una gavota.

CAP. Manolos de rompe y rasga,  
hombres de corteza tosca,  
pero con almas abiertas  
á toda acción generosa;  
yo, que vengo perfumado  
con el humo de la pólvora  
y la autoridad que prestan  
heridas que aún sangre brotan,  
por la fe de caballero  
y la cruz de mi tizona,  
juro que no están en Francia  
los males que España llora,  
y que no son los franceses  
causa de nuestras derrotas.  
Allí está la camarilla  
que nuestra patria deshonra.  
El grito de España escucho  
y voy, antes de la aurora,  
á quemar ese palacio  
con el fuego de mi cólera;  
¡yo, capitán del ejército,  
pero con sangre manola!  
¡Que me sigan los capaces  
de resolución heroica:

(Las Manolos sacan de debajo de sus capas trabu-  
cos y escopotas y empiezan á cargar.)

quien se quede, de seguro  
no será mi compatriota!...

PRINC. ¡Un momento!... de rodillas! . .  
y antes que la sangre corra,  
imploremos de la Virgen

su protección salvadora:  
¡para la patria justicial...  
¡para ellos misericordial!..

(Todos se arrodillan. Los Manolos ponen sus armas  
en el suelo para facilitar luégo la sorpresa.)

---

## MÚSICA

PRINCESA, CAPITÁN, GOYA, TIRANA y ABATE.

¡Oh, reina de los ángeles,  
tesoro de piedad!...  
proteje á nuestra patria  
y librala del mal.  
A nuestra noble empresa  
tu excelso amparo da:  
justicia y no venganza  
queremos alcanzar.

(El coro de Manolos repite la plegaria en unión de  
los demás. Al comenzar la plegaria anterior se  
oyen en el palacio los compases de una gavota: se  
ven las parejas de baile por los balcones, y después  
suenan risas y palmadas; el Corregidor, seguido de  
cuatro alguaciles con pistolas que amartillan,  
sale del palacio y los coloca con mucho sigilo en  
las avenidas de las callejuelas.)

## ESCENA VII

Al concluir la plegaria aparecen por la puerta interior de  
la casucha, sorprenden arrodillados y por la espalda á los  
Manolos y les desarman, el CORREGIDOR, ALGUACILES  
y algunos soldados con el GENERAL. Sorpresa y  
sujeción de hombre por hombre: no ridícula.

CORREG. (Con voz de trueno.)

En nombre del Rey mando  
Las armas entregar.

MANOLOS. (Ya desarmados.)

¡Traición.... traición!..

PRINC. (Al Capitán impidiendo que saque su espada.)

¡Prudencial!..

GENER. La espada, Capitán.

- CAP. ¡Soy libre por mandato  
del Rey!...  
(Entregando un papel que saca del pecho.)
- GENER. (Leyéndole y devolviéndole.)  
En regla está.  
(Al Corregidor.)  
Es un salvo conducto,  
que tiene el sello real.
- CORREG. (Señalando al suelo y á un papel que él mismo  
tiró antes.)  
¿Y qué papel es ese?  
¡alzadle!... ¡venga acá!...  
¡El cuerpo del delito!... (Leyendo.)  
Excepto el Capitán,  
en nombre del Rey prendo  
á todos los demás.
- PRINC. (Adelantándose con altivez y descubriéndose.)  
¿También á mí?...
- CORREG. (Escandalizado.) Señora,  
¿Vuecencia en tal lugar?...  
(Con solemnidad.)  
La arresto en su palacio,  
por su alta dignidad.
- PRINC. ¡Soy dama de la reina!...
- CORREG. Tratada como tal  
será la nobilísima  
princesa de Luzán.  
(Quitándose el sombrero: todos le imitan.)  
Traed una litera.
- CAP. (Tirando de la espada.)  
¡Señora, basta ya!...
- CORREG. ¿Qué es esto? \*
- PRINC. (Conteniéndole.)  
(¡Usted nos pierdel...  
Prudencia, Capitán!...  
(Llevando al Capitán á un lado y aparte.)  
Como usted no quede libre,  
á la corte no vendrá  
don Gaspar de Jovellanos,  
esperanza única ya.  
El valor alcanza mucho,  
la prudencia mucho más:

no pensemos en nosotros,  
en España hay que pensar.

ABATE. (Ap. al Corregidor.)

Como á mí y á la Tirana  
no nos deje usía en paz,  
probaré que á Pepe-Hillo  
ha intentado asesinar.  
Contaré que por mis trampas  
á Romero hizo nombrar,  
y otros sapos y culebras  
de su inflexibilidad.

TIRANA.

Como nuestra Princesita  
no contenga al Capitán,  
hacer pueden con nosotros  
una gran barbaridad.  
Y si Dios no lo remedia,  
esta torta cuesta un pan:  
el presidio ó el destierro  
elegir podemos ya.

### CONJUNTO

DOÑA PEPITA, DAMAS y CABALLEROS, que habrán  
salido con sigilo del palacio y habrán espiado por la celosía  
de la casucha.

¡Oh, qué peregrina historia  
hemos sorprendido ya!...

En la *Casa de los duendes*  
infraganti han ido á dar  
con la virgen Princesita  
y un bizarro Capitán!...

¡já... já... já!...

¡Oh, qué historia tan bonita  
vamos todos á contar,  
de la virgen Princesita  
y un bizarro Capitán!...

¡já... já... já!...

PRINC. Como usted no quede libre, etc.

CAP. Como yo no quede libre,  
á la corte no vendrá  
don Gaspar de Jovellanos,  
esperanza única ya, etc.

GOYA. Como tú no quedes libre, etc.

ABATE. Como á mí y á la Tirana, etc.

TIRANA. Como nuestra Princesita, etc.

MAN. Como nuestra Princesita, etc.

CORREG. (Al general.) A la cárcel irán todos

á pensar mejor su plan,

y nosotros á palacio

á ver á Su Majestad.

Yo seré grande de España

y á usted, bravo general,

le dará doña Pepita

un buen mando en Ultramar.

GENER. A la cárcel irán todos

á pensar mejor su plan,

y nosotros á palacio

á ver á Su Majestad.

Si usted caza la grandeza,

yo no me quedaré atrás,

dándome doña Pepita

un buen mando en Ultramar.

(En la casucha.) ¡Vamos ya!... ¡vamos ya!...

(Fuera de la casucha.)

¡Já!... ¡jál!... ¡jál!...

¡Já!... ¡jál!... ¡jál!...

(La Princesa entra en la litera y se la llevan escoltada: todos desaparecen por distintos lados para despejar pronto la escena — Los que salieron del palacio vuelven á él con el Corregidor. — Quédase solo en la casucha el Capitán, abatido, que cierra la puerta, se pone un capote blanco militar con mangas y esclavina y queda pensativo. — Sigue una música sorda durante la siguiente.

## ESCENA VIII

EL CAPITAN solo en la casucha: suona un silbido: ciérrase la taberna. — EL CIEGO y el SANTERO aparecen por una callejuela y atisban por la ventana de la casucha; monta luego uno en otro, y apagan el farol de la Virgen. — Después, el PREGONERO DEL PECADO MORTAL.

CIEGO. ¡Aquél es!...

- SANT. ¡Ya le conozco!...
- CIEGO. Con capote militar.  
¡Ten cachaza y hasta el puño!...
- SANT. ¿Y si marcha por atrás?
- CIEGO. Es perdido. De él me encargo,  
si por arriba se va.  
(El ciego va á esconderse en el callejón de la Vir-  
gen. El Santero desaparece por el bastidor deropa.)
- CAP. ¡Todos presos, perseguidos,  
tenerlos que abandonar  
y abandonar la Princesa!...  
¡Esto es demasiado ya!...  
«No pensemos en nosotros,  
en España hay que pensar.»  
¡Tales sus nobles palabras  
han sido: en mi pecho están!...  
¡Mi caballo y Dios me ampare,  
en busca de don Gaspar!...  
(Saca dos pistolas de los bolsillos del capote, las  
examina con precaución y las cuelga del cinturón.  
Sale de la casucha, y el Santero le corta el paso  
tiritando de miedo.)
- SANT. ¡Caballero, una limosna!...  
¡Tenga por Dios caridad!...  
¡Siento hambre y siento frío!
- CAP. (Dándole una moneda y tocándole la mano.)  
¡Infeliz!... helado está!...  
Tíreme usted de esta manga,  
mi capote vóile á dar:  
¡yo soy joven y soy fuerte!...  
(El Capitán se vuelve de espaldas al mendigo y  
éste le tira de la manga con la mano izquierda  
mientras con la derecha saca una navaja, la abre  
con los dientes y al asestarle un golpe alevoso,  
aparece por el pretil elregonero de la introduc-  
ción gritando y tocando la campanilla.—Ensayar  
mucho esta escena; que le tire primero de una  
manga y luego de la otra; que el hermano del Pe-  
cado mortal esté viendo al asesino y al llevarse  
éste la navaja a los dientes, lance aquél el pregón  
y salga fuera.—Si no hay precisión, no hay  
verdad.)





---

---

## ACTO TERCERO

---

Salen del palacio de la Princesa de Luzán.—Los muros de ambos lados y del frente, cubiertos con los famosos tapices de Goya.—A la izquierda del espectador, puerta disimulada en primer término: á derecha una puerta.—Al fondo, rompimiento de un gran arco, y más allá de éste, ancha azotea y balaustrada de piedra.—Árboles, tejados, torres y cielo en lontananza.—Es de día.

### ESCENA PRIMERA

EL ABATE, paseándose de un lado á otro de la escena, con las manos atrás y muy preocupado.—Dos grupos de DAMAS con pañuelo en mano, aparecen por el fondo por lados diferentes.

#### INTRODUCCION MUSICAL

PRIMER GRUPO. ¡Señor Abate!...  
SEGUNDO GRUPO. ¡Señor Abate!...  
ABATE. ¡Señoras mías!...  
TODAS. ¿Será verdad?...  
PRIMER GRUPO. ¡Que la Princesa se mete monja!...  
SEGUNDO GRUPO. ¡Que en las Descalzas va á profesar!...  
PRIMER GRUPO. (Pañuelos á los ojos.) ¡Oh!...  
SEGUNDO GRUPO. (Pañuelos á los ojos.) ¡Ah!...

TODAS. ¿Tantos encantos, tanta belleza,  
en la clausura van á parar?...

ABATE. (Enjugándolas las lágrimas con su pañuelo.)  
Seductoras criaturas,  
no más perlas derraméis,  
que aunque llene mi pañuelo,  
quien las compre no hallaré.

PRIMER GRUPO. ¡Hable usted!...

SEGUNDO GRUPO. ¡Hable usted!...

TODAS. Porque el llanto en nuestros ojos  
no podemos contener...

¡Eeeeeeeeeeh!...

(Llanto general ruidoso.)

ABATE. Yo soy la gaceta  
de toda la villa,  
la corte se humilla  
ante mi poder.  
¿Tendría yo excusa  
si nuestra Princesa  
entrarse reclusa,  
cuando nada sé?...  
Niego en conclusión  
que pueda entrar monja  
sin saberlo yo.  
En prueba de lo cual  
hago una cuarteta (Trenza.)  
por punto final.

TODAS. Vemos con dolor  
que el señor Abate  
está en un error.

Ya en los altares arden los cirios,  
llena de gentes la iglesia está  
y en los umbrales de este palacio  
hay dos carrozas de casa real.

ABATE. ¡Ah!... ¡ya!...

TODAS. Aquí á la Virgen, novia de Cristo,  
la están vistiendo traje nupcial:  
dentro de un hora sale del mundo  
á donde nunca debe tornar.

¡Ah!... ¡Ah!... (Pañuelos.)

ABATE. ¡Ah!... ¡ya!...

(Ardid de la Princesa,

- sin duda debe ser;  
no entiendo una palabra,  
mas yo la ayudaré.)  
¡Ya que es inútil seguir negando  
lo que no ignora nadie en Madrid,  
confirmo—á ustedes—que la—Princesa  
(Sollozos entrecortados.)  
será—profesa—hoy mismo—sí!...
- TODOS. (Llanto general.) ¡Iiiiiih!...  
¡Tantos encantos, tanta belleza,  
en la clausura van á parar!...  
¡Ah! ¡Ah!...
- ELLAS. (Transición adelantándose.)  
(¡Una rival de menos  
y un pretendiente más!...)
- ABATE. (No entiendo una palabra  
de esto que va á pasar.)
- TODOS. (Pañuelos.) ¡Ah—Ah—Ah—Ah!  
(Vanse las damas por donde entraron.—El Abate  
se dirige con precipitación á la izquierda, primer  
término; da tres golpecitos y aparece la Tirana.)

---

## ESCENA II

EL ABATE y la TIRANA

### HABLADO

- ABATE. (Llamando.) ¡Rosario!...
- TIRANA. ¡Abate!...
- ABATE. (Cogiéndola del brazo.) Responde:  
¿y la Princesa?
- TIRANA. ¿Por qué  
preguntas con tal empeño?
- ABATE. ¡Porque hacen la voz correr  
de que hoy entra en las Descalzas  
y es mentira!...
- TIRANA. (Con tristeza.) ¡Verdad es!...
- ABATE. (Furioso.)  
¡Fuego de Dios!... ¿Lo has callado?...
- TIRANA. Por orden suya callé;

temía que lo evitárais.

ABATE. (Desesperado.) ¡Pero esto no puede ser!...

TIRANA. Sí, por desgracia: en Sicilia  
un año novicia fué  
y en convento de igual orden  
á profesar va, merced  
á una dispensa del Papa.

ABATE. ¡Ah...

TIRANA. Por la última vez,  
el honor he pretendido  
de servirla: yo calcé  
en suave chapín de seda  
esos tan mimados piés,  
que van mañana, desnudos,  
los cláustros á recorrer;  
yo, de rosada batista  
cubrí su nitida téz,  
que la más ruda estameña  
habrá luégo de envolver;  
yo he prendido sus cabellos,  
que hoy mismo cortar veré... (Llorando.)

ABATE. ¿No hay esperanza?...

TIRANA. Ninguna:

su testamento hizo ayer,  
dejando todos sus bienes  
á los pobres.

ABATE. ¿Pero qué  
extraordinario suceso  
la ha podido resolver  
á que se sepulte en vida?

TIRANA. En su palacio se vé  
perseguida y arrestada  
y presos están también  
nuestros partidarios todos;  
ya Jovellanos tal vez  
se ha embarcado para Rusia,  
pues nada se sabe de él  
ni del Capitán tampoco;  
y en fin, recuerda que al pié  
de la *Casa de los Duendes*...

ABATE. ¡Rosario!

TIRANA. Muerte cruel

dieron á un hombre la noche  
en que el Capitán se fué...  
y han enterrado el cadáver  
sin poderle nadie ver...

ABATE. (Aterrado.) ¡Oh, qué ideal... ¡es espantosa!...

TIRANA. ¡Abate, piénsalo bien!  
La Princesa, antes que todo,  
no es política, es mujer;  
puede estar enamorada,  
y muerto puede estar él...

ABATE. ¿Y por simples conjeturas,  
imposibles de creer,  
nuestra gran causa abandona,  
que es la de España también?  
Ella, protectora ilustre  
del buen Meléndez Valdés,  
de Moratín y Cienfuegos;  
ella, la amiga más fiel  
de Aranda y de Campomanes;  
la que con noble altivez  
tiene, entre tanta miseria,  
el valor de defender  
á Floridablanca preso,  
y con invencible fe,  
el santo amor á la patria  
logra en todos encender,  
renunciar no puede al mundo  
por su voluntad, lo sé,  
ni se hace esposa de Cristo,  
para no servirle bien.

TIRANA. ¡Tienes razón... aquí existe  
un tiránico poder  
que la lleva al sacrificio!  
El jardín es un cuartel  
de valonas y corchetes:  
una tenebrosa red  
la envuelve y nos la arrebató.

ABATE. Y la prueba mayor es  
que habiendo prendido á todos,  
desde cabo á coronel,  
á tí y á mí, á los rancheros,  
nos han dado un puntapié.

- TIRANA. (Quedando pensativa.)  
¡Ese desprecio me irrita!...
- ABATE. ¿Te irrita?... ¡pues véngate!... (Pausa.)
- TIRANA. (Arranque súbito.)  
Más pronto de lo que piensas...  
Abate, ¿sabes por qué  
todos los grandes talentos  
que sois de España honra y prez  
á esa camarilla infame  
aún destruido no habéis?
- ABATE. No.
- TIRANA. Porque ignoráis que al mundo  
lo gobierna la mujer.  
Más milagros en política  
que el genio y la intrepidéz  
hizo un beso dado á tiempo  
ó un llanto oportuno.
- ABATE. ¡Bien!
- Olvidaba que eres cómica.
- TIRANA. Y buena; lo vas á ver.  
Esos que, á decir del vulgo,  
lograron cegar al Rey,  
esos monarcas postizos,  
que envueltos en oropel  
al corral de las comedias  
concurren alguna vez,  
y tiembla el degolladero  
y la cazuela en tropel  
se levanta por mirarlos,  
y me aplauden con desdén  
llamándome comedianta  
de tragedia y entremés,  
porque mi trono es la escena  
y mi corona un laurel,  
en mi camarín me ofrecen  
oro á cambio de honradéz.  
¡Oh!... ¡los hombres siempre adoran  
á las que mentimos bien.
- ABATE. ¡Zambomba! (Dando un respingo.)
- TIRANA. ¡Sospechas viles,  
las mato así: mírame!
- ABATE. ¡Perdona!

TIRANA. (Con misterio.) Yo tengo cartas,  
que son capaces tal vez  
de herir en lo más profundo  
el alma de otra mujer.

ABATE. No comprendo.

TIRANA. (De prisa.) Escucha: á Goya,  
le dejan libre después,  
para pintar los retratos  
de nuestros Reyes.

ABATE. ¿Y qué?

TIRANA. El Rey vestido de caza;  
la reina con guardapiés;  
y monillo: tiene antojo  
por el traje que saqué  
anoche en las *Castañeras*,  
y se le voy á poner.  
En los bolsillos del traje  
puede hallar algún papel:  
las mujeres son curiosas,  
y si le llega á leer,  
no entra monja la Princesa  
ni es ya más vasallo el Rey,  
ó Rosario la Tirana  
hoy deja de ser quien es...

ABATE. Pues corre, y que Dios te ayude...

TIRANA. (Con desprecio.) Y tú, ¿qué piensas hacer?

ABATE. Cada cual por su camino,  
veremos quién vence á quién.  
Si el pobre Goya está preso,  
á Goya relevaré;  
que soy, aún antes que Abate,  
manolo de buena ley,  
Por rancharo me han tenido  
y general voy á ser...

TIRANA. (Con desprecio.)  
¡Sí: general cortesano!...

ABATE. ¡General de Lavapiés!

(Se echa atrás el sombrero y sale por un lado del fondo: la Tirana por el opuesto.—Queda la escena sola.)

ESCENA III,

GOYA, embozado, entra por la puerta secreta, reconoco el terreno y hace entrar luégo á Jovellanos, también embozado.

GOYA. (Indicando la primera puerta izquierda.)  
Señor, aquella es su cámara.

¡La Virgen á usted nos trae,  
cuando todo está perdido!  
¡Don Gaspar, llega usted tardel!

Jov. Aún no.

GOYA. ¡Por su vida tiemblo!  
No nos ha visto entrar nadie,  
ni esa escalerilla oculta  
los mismos criados saben:  
mas si á descubrirle llegan...

Jov. No: los grandes criminales  
cuando se ven perseguidos,  
se refugian en la cárcel;  
el asilo más seguro  
que España ha podido darles.

GOYA. ¿Y el Capitán?

Jov. Asaltados  
por cuatro ó seis miserables  
á las puertas de la corte,  
él se empeñó en que salvase,  
aun á costa de su vida,  
el objeto de mi viaje

GOYA. ¡Alma noble y generosa!...

Jov. Para empeñar el combate,  
yo desarmado era inútil,  
y mi deber, escaparme.  
Si le dejé peleando,  
¡Dios no puede abandonarle!...

GOYA. ¡Oh!... si ha muerto, á la Princesa  
no la hará desistir nadie!

Jov. ¿Le amaba?

GOYA. ¡Sí!

Jov. ¡Pobre niña!  
¡no perdamos un instante!

- GOYA. ¿Verás al Rey ahora mismo?  
Señor, para retratarle,  
me han levantado el encierro.
- JOV. Es necesario que le hables  
y le des esos papeles.  
(Goya los enseña en el pecho.)
- GOYA. ¡La Reina estará delante!
- JOV. No importa: ha de ver en ellos,  
con pruebas incontestables,  
que entre los cien cortesanos  
que han conseguido cegarle,  
hay quien promete á Inglaterra  
vender las Islas Baleares;  
quien con la patria especula,  
hasta hacer la oferta infame  
de dar la orilla del Ebro  
á los franceses rapaces;  
quien el tesoro de España  
en París mismo reparte,  
para lograr ser un día  
Príncipe de los Algarves.  
Ten valor y ten prudencia  
y harás que todo se salve,  
ó no queda á Carlos cuarto,  
nada español en su sangre!
- (Vase Goya corriendo por el fondo izquierda.—Jovellanos, embozado, llama á la puerta de la Princesa y ésta sale.)

## ESCENA IV

### JOVELLANOS y LA PRINCESA

- JOV. (Llamando.) ¡Señora!... ¡señora mía!...
- PRINC. (Retrocede asustada.)  
¿Quién es usted?... (Reconociéndole.)  
¡Don Gaspar!...
- JOV. (Descubriéndose y quitándola de la cabeza la corona blanca de flores.) ¡Que viene para mandar  
que usted profese otro día.
- PRINC. ¿Y el Capitán?
- JOV. (Con embarazo.) No le he visto.

- PRINC. (Llorando.) ¡Murió en aquella asechanza!...  
(Resueltamente.) Señor, mi última esperanza  
es desposarme con Cristo.
- JOV. ¡No!... ¡que la patria nos grita  
y es santa, después de Dios!  
¡Hoy España, de los dos  
más que nunca necesital  
¡La pide fe inquebrantable  
pero fuera de un convento!
- PRINC. ¡Es tarde ya!
- JOV. ¡No!
- PRINC. (Con energía.) ¡Mi intento,  
es santo, es irrevocable!
- JCV. ¿Para esto vine hasta aquí?  
(Pausa.) Por si el capitán viviera,  
¿me da usted un plazo siquiera  
de veinte y cuatro horas?
- PRINC. Si.
- JOV. Oigo ruido en aquel lado.
- PRINC. (Sobresaltada.) ¡Entre usted pronto, señor!
- JOV. ¿En dónde?
- PRINC. En mi tocador.  
(Ocultándolo, primera puerta izquierda, y cerrando  
con llave.)  
que yo le dejo encerrado.

## ESCENA V

LA PRINCESA, confusa y sonrojada al volverse y hallar  
á DOÑA PEPITA, que la ha visto cerrar precipitada-  
mente.

- PEPITA. (¡Allí hay alguien!... Desconfía  
y ante la puerta se claval...)
- PRINC. ¡Ah señora!... yo ignoraba  
que usted también fuera espía.
- PEPITA. No me ofenda sin oirme.
- PRINC. Quien así se atreve á entrar...
- PEPITA. De usted no pensé lograr  
que quisiera recibirme.
- PRINC. ¡Y penetró por sorpresa!...  
¿Qué tiene usted que decir?

- PEPITA. Yo me vengo á despedir  
de usted, señora Princesa.  
Si no puedo ser su amiga,  
imploro perdón y olvido  
para quien de usted ha sido  
la más mortal enemiga.
- PRINC. Siempre la memoria pierdo,  
si ofensas ha de guardar;  
no hé menester perdonar  
injurias que no recuerdo.
- PEPITA. ¡Oh, gracias!... y aunque atrevida,  
concédame otra merced.
- PRINC. ¿Cuál?
- PEPITA. Acompañar á usted  
en su eterna despedida.
- PRINC. Mañana estará á mi lado,  
si mañana al cláustro voy.
- PEPITA. (Estupefacta.) ¿Qué dice usted?..
- PRINC. Que por hoy,  
de propósito he mudado.
- PEPITA. (Con aturdimiento.) ¡La nobleza castellana  
y el clero esperando están!
- PRINC. (Calma.) Pues como vienen, se van  
y pueden volver mañana.
- PEPITA. ¡Cuando á hablar así se lanza,  
tiene planes temerarios;  
usted y sus partidarios  
no han perdido la esperanza!  
De la discordia la tea  
quieren encender audaces,  
porque ignoran que las paces  
se han firmado en Basilea.
- PRINC. ¡Dando al francés por ganancia  
un pacto de vida y muerte,  
que á nuestra patria convierte  
en vil sierva de la Francia!
- PEPITA. ¿Sabe quién tan sin disfráz  
nuestra privanza repudia,  
que ya el Duque de la Alcadia  
es Príncipe de la Paz?
- PRINC. ¡Y sé que á la par se manda  
á un castillo confinado,

por haberla aconsejado,  
al noble conde de Arandal  
Si al patriota y al valiente  
el Rey paga con rigores  
y reserva los honores  
para el torpe ó delincuente,  
cuando la injusticia venza  
vendrá un día necesario  
en que un timbre nobiliario  
será un padrón de vergüenza.

PEPITA. Eso con mayor espacio  
lo podrá en el cláustro ver:  
usted ya, no puede ser  
dama de honor en palacio.

PRINC. ¡Basta ya, señora mía!

PEPITA. Ó usted sus votos pronuncia,  
ó firma usted su renuncia:  
la misma Reina me envía.

PRINC. ¿Y me destituye?

PEPITA. Sí.

PRINC. (Con desprecio.) ¿Por semejante emisario?

PEPITA. ¡Sucumbir es necesario!

PRINC. ¿Dónde está la prueba?

PEPITA. (Saca un papel.) ¡Aquí...

¡Pronto... que esperando están!

¡Piense que mucho le importa!

(La Princesa lee y rompe el papel.)

PRINC. ¡Antes la mano se corta

la Princesa de Luzán!...

(Vase por el fondo de la izquierda.)

## ESCENA VI

PEPITA, sola: á los cuatro versos, el CORREGIDOR  
y el GENERAL, por el fondo.

PEPITA. ¡Y se va!... ¡Sola me deja  
con desprecio soberano!... (Con cólera.)

¡Y en vez de lograr vengarme,  
ni aun humillarla he logrado!...

(Va al foro, hace una señal con el pañuelo y lle-  
gan el Corregidor y el General, por el foro de la  
derecha.)

CORREG. ¿Qué ha ocurrido?

PEPITA. Que no existe  
de vencerla medio humano.

GENER. Uno á las manos nos viene.  
Á las puertas del palacio,  
los padres del monasterio,  
fundación de antepasados  
de la señora Princesa,  
reclaman con celo santo  
entrar, para prepararla  
á su religioso estado.

CORREG. ¡Que pasen!

PEPITA. Quizá la vanzan.

(Vase el General.)

CORREG. Si no, yo sabré lograrlo.

PEPITA. Espere usted. (Deteniéndolo.)

CORREG. ¿Qué motivo?...

PEPITA. La comunidad aguardo.

## ESCENA VII

DICHOS, el ABATE disfrazado de prior de la comunidad, en el fondo. Después de sus primeros versos, entra la comunidad acompañada del General. Vienen en ella PEPEHILLO, COSTILLARES y ROMERO. Luégo la PRINCESA.

ABATE. Deo gratias et pax vobiscum.

PEPITA. La mano, padre. (Besándose.)

CORREG. (Id.) La mano.

ABATE. Frater meus et sor or mea.

(Al fondo llamando.)

¡Eh!... colistivis, hermanos.

(Al Corregidor y Pepita.)

Les digo en latin que entren,  
que no entienden castellano.

(Entra la comunidad, dos á dos, echando la bendición al Corregidor y Pepita, que se van luégo.)

---

## MÚSICA

- GENER. Padres reverendos,  
sirvanse esperar.  
porque á la Princesa  
ya mandé avisar.
- UNOS. Venga en paz.
- OTROS. Venga en paz.
- TODOS. Nuestra protectora  
hoy va á profesar,  
y á auxiliarla viene  
la comunidad.
- GENER. Bien está.  
Bien está.
- CORO. Antes que sus votos  
llegue á pronunciar,  
bendecirla quiere  
la comunidad.
- GENER. Aquí está.  
Aquí está.
- (Entra la Princesa sorprendida.)
- CORO. (Bendiciéndola.)  
¡In nomine Patri et Filio et Espiritu Santo!
- GENER. (Vase.) Quedan en paz.
- CORO. (Yéndose al fondo.)  
Que Dios le acompañe,  
señor General.
- PRINC. Padres venerandos,  
sirvanse decir  
con qué objeto vienen,  
qué esperan de mí.
- CORO. (Con misterio, adelantándose y transformándose.)  
¡Sí, sí!...  
Señora Princesa:  
con un solo fin  
tan solo venimos:  
salvarla ó morir.
- (Descubriendo las armas.)  
Armados estamos;  
y fuera de aquí,  
si usted da la seña,

están otros mil.  
PRINC. ¡Por Dios!... ¡Por la Virgen!  
Nos pueden oír.

LOS TRES TOREROS.  
¡Cudiao no hay denguno,  
najemos de aquí  
Uzía no es monja,  
ó ze arde Madri.

ABATE. (Sacando dos pistolas de las mangas.)  
¡Usted no profesa,  
estando yo aquí,  
sin que antes armemos  
la de San Quintín!

PRINC. ¡Por Dios! ¡Por la Virgen!  
¡Nos pueden oír!...

---

CONJUNTO

CORO. Señora Princesa, etc.  
TOREROS. Cudiao, no hay denguno, etc.  
ABATE. Usted no profesa, etc.  
PRINC. ¡Por Dios! ¡Por la Virgen! etc.

---

ABATE. (Al fondo.) Prudencia, Manolos,  
que no estamos solos,  
y ya en las narices  
me da el General.

(Pasa el General por el fondo.)

CORO. (Bendiciéndola.)  
In nomine Patri et Filio et Spiritu Sancto.  
Bendecirla quiere  
la comunidad.

ABATE. (Frailes con trabuco  
se lo contarán.)

PRINC. Dios me ayudará.

CORO y TODOS. No profesará,  
mientras no profese  
por su voluntad.

## HABLADO

- ABATE. ¡Señora, si usted es víctima de un ensañamiento inicuo, por usted estamos todos hasta morir, decididos!
- PEPE-II. Por uzía á Cachirulo no le han pegao cuatro tiros y ez mu fuzto que paguemos como hombres agradecios. En cuanto er zeñor Abate fué á mi cama y me lo dijo, er chupetín me he prantao y á mi gente he reunio, que aunque la jería le duele no es ingrato Pepe-Hiyo.
- COST. ¡Ni Costiyares tampoco!
- ROMERO. ¡Ni Romero!
- PRINC. ¡Amigos míos, sólo por ustedes tiemblo!
- ABATE. Estamos bien prevenidos y aquí tenemos corrientes los útiles del oficio.
- PEPE-II. ¡Y donde eztaamos nozotro naide la toca atrevió á la zuela de er zapato, ni mira con malo eliso á eze pedazo de gloria, que denguno za comió!
- PRINC. ¡En nombre de Dios, prudencia!
- ABATE. ¡Que vienen!... (Desde el fondo.)
- PEPE-II. Puez al avíol...  
(Transformación: fingimiento.)

## ESCENA VIII

[DICHOS, el CORREGIDOR, luégo PEPITA, el GENERAL y ALGUACILES: ños de éstos traen un cesto grande que colocan en el centro de la escena.—Después el CAPITÁN, fuera.—CORO DE SEÑORAS

CORREG. (Á los que le acompañan que se quedan fuera.)  
¡Esperad!...—¡Padre guardian!...

ABATE. Pax tibi.

CORREG. (¿Va al claustro?)

ABATE. (¡Ay, Filius!

¡á pesar de mis qui tolis,  
pecata mundi ha vencido!...

CORREG. Bien. (Ya recurrir es fuerza  
á nuestro postrer arbitrio.)

(Manda el Corregidor entrar á los suyos.)

ABATE. ¡Cuanto latín sé, lo he echado!...

¡apúntame, Pepe-Hillo!...

PEPE-H. (¡Si zirve el caló! ..)

CORREG. Señora:

habiéndose cometido  
un horrible asesinato  
junto al pretil fronterizo  
á la *Casa de los Duendes*,  
fugándose el asesino;  
no habiendo nadie, hasta ahora,  
el cadáver conocido;  
recordando la justicia  
que en el idéntico sitio  
vuecencia y otras personas  
fueron por mí sorprendidos  
algunos momentos antes  
de consumarse el delito,  
para excusar á vuecencia  
de ver el cadáver mismo,  
en nombre del Rey, señora,  
la presento los vestidos  
encontrados en la víctima  
y en su propia sangre tintos.  
Á ver si vuecencia sabe  
á quién ha pertenecido  
un capote militar,  
con venera y distintivos  
del regimiento que manda  
vuecencia, cual jefe digno.  
Cuatro puñaladas tiene.  
Mire vuecencia.

(Abriendo el cesto y sacando el capote ensangrentado.)

PRINC.

¡Dios mío!..

¡Del Capitán Peñaranda!..  
¡Que el cielo me preste auxilio! (Se sienta.)  
(Las damas acuden á socorrerla.)

---

## MÚSICA

PEPITA y el GENERAL. (Al Corregidor.)

¡Atónitos nos deja  
su astucia y su talento!  
al fin en un convento  
la vamos á encerrar.  
Bien pronto sin caudillo  
sus deudos y secuaces,  
si no piden las paces,  
vencidos quedarán.

CORREG. ¡Atónitos les deja  
mi astucia y mi talento, etc.

ABATE. Si crimen tan horrendo  
no tiene su castigo,  
la sangre de mi amigo  
por Dios juro vengar.  
El pecho se me rompe  
de pena y de coraje,  
y arrojé barba y traje  
á la primer señal.

CORO DE AMBOS SEXOS.

Su pecho desfallece,  
su rostro se demuda,  
y claro está sin duda  
que amaba al Capitán.  
La infame camarilla  
no cabe en sí de gozo.  
¡Que lástima de mozo  
y bravo militar!

PRINC. Mi amor y mi esperanza  
en él cifrado había;  
su muerte fué la mía:  
no quiero vivir yo.  
¡En rígida clausura,  
con celo vivo y santo,  
irá á regar mi llanto  
la tumba de mi amor!

- Hoy mismo y sin demora  
haré mi profesión.  
Que todos me acompañen  
por último favor.
- CORREG. Señora, nada falta:  
ya tuve previsión,  
y estamos aquí todos  
pendientes de su voz.
- ABATE. (Al Corregidor.) Si usía me permite.  
la quiero exhortar yo.
- CORREG. Sí, padre, la conviene  
tan sabia exhortación.
- ABATE. Ó usted de ir al convento  
desiste por favor,  
ó sacan los trabucos  
y empieza la función.  
¡Señora, por la patria,  
que usted tanto sirvió  
y que aún la necesita  
cual nunca tal vez hoy!...
- PRINC. ¡Que nadie romper quiera  
mi santa vocación,  
porque es inquebrantable  
y libre como yo!...  
Pongámonos en marcha,  
señor Corregidor.
- TODOS. (Marchando al fondo.)  
Que nadie romper quiera  
su santa vocación,  
porque es inquebrantable  
y libre como Dios.
- 
- CAP. (Fuera.) Este santo escapulario  
que me dió el amor,  
del puñal de un asesino  
mi vida salvó.
- 
- PRINC. ¡Su voz!... ¡Cielo santo!..
- TODOS. (Estupefactos.) ¡Es él!...
- CORREG. ¡Maldición!...
- PRINC. (Cayendo de rodillas en el fondo.)  
¡Oh, gracias, Dios mío!..

¡que aún vive mi amor!...  
¡por mí se ha salvado  
y á mí me salvó!...

ABATE. (Vase por la puerta secreta.)  
(Por él voy yo mismo!...)

CORREG. ¡En marcha!...

PEPITA y el GENER. ¡Sí!...

PRINC. ¡No!...

¡De infames traidores  
el plan fracasó!

¡Me quedo en el mundo  
que aun vive mi amor!

CORO. ¡De infames traidores  
el plan fracasó!

Se queda en el mundo  
que aún vive su amor.

CORREGIDOR, PEPITA y el GENERAL.

¡Ó usted en el cláustro  
entierra su amor,  
ó va á un calabozo  
de la Inquisición!

---

### HABLADO

CORREG. Después de ser sorprendida  
en un lupanar nefando  
cual la *Casa de los Duendes*,  
quedó su honor empañado.  
Volver no puede á la corte,  
ni puede entrar en palacio.  
No la queda otro recurso  
que ir á encerrarse en un cláustro.

CAP. ¡Eso jamás, que aún alientol

PRINC. ¡El Capitán!... ¡Me he salvado!...

¡Oh, caballero, almas viles  
aquí me están calumniandol  
Dicen que su honor amengua  
una dama de mi rango  
que en la *Casa de los Duendes*  
sorprendieron con escándalo.  
Usted que conmigo estuvo,  
defenderá mi recato.

- ¿Me juzga bastante honrada  
para hacer suya mi mano?
- CAP. ¡Debo á usted más que la vida!  
(Tomándose la de rodillas.)  
¿Cómo pagarla?
- PRINC. Aceptando.
- CAP. ¿Y qué para tanta honra  
hizo este pobre soldado?
- PRINC. Vaya á decir á la Reina (Á Pepita.)  
que así las calumnias mato.
- PEPITA. Es que el Capitán no puede  
aceptar, sin propio escarnio,  
y usted oculto allí mismo  
tiene otro amante en su cuarto.
- PRINC. ¡Jesús!  
(Corriendo á ponerse de ante de la puerta.)
- CAP. ¡En nombre del cielo,  
démeme usted libre el paso!
- PRINC. ¡Imposible!... (¡Amor y patria  
juntos los pierdo ó los salvo!...)
- CAP. ¡Es que su honor, que es el mío,  
ha de estar como el sol, claro!
- PRINC. ¡Inocente soy! (Con altivez.)
- CAP. Lo creo,  
pero al mundo hay que probarlo.
- PRINC. ¡No puedo!
- CAP. Abra usted, señora.
- PRINC. ¡Jamás!
- CAP. ¿Por qué me he salvado?
- CORREG. ¡Basta ya!... Por la justicia  
á vucencia la reclamo,  
acusada como cómplice  
de un horrendo asesinato.  
¡Corchetes, aseguradla!...
- CAP. (Sacando dos pistolas.)  
¡Al que se mueva le abraso!...
- CORREG. ¡La guardia!
- ABATE. ¡Fuera manteos!  
(Arrojan los hábitos y las barbas y cortan la re-  
tirada.)  
¡Esto se acabó, muchachos!
- CORREG. ¡Qué miro! (Estupefacto.)

PEPE-H. (Sacando una navaja.)

¡Náa, don Arcarde!

¡que la mía me ha yegao!

Pa que me diera mulé,

me echó un toro casteyano,

y á pintarle asté un jabeque

voy. ¡Cabayeros, á un lao!...

ROMERO. ¡Citalo corto, Pepiyo!...

COST. ¡Descabéyalo, muchacho!...

(Rebullicio general. Repiquo de campanas, cañonazos y gritos fuera p:ogonando: *La Gaceta extraordinaria*. Llega Goya con un papel en la mano. Luégo Jovellanos )

## ESCENA ULTIMA

DICHOS, GOYA, la TIRANA y luégo JOVELLANOS

GOYA. (Con un papel en la mano.)

¡*La Gaceta extraordinaria*

con la paz que se ha firmado!

El Rey nombra sus ministros

á Saavedra y Jovellanos.

CORREG. (Con alegría.)

¡Ya se embarcó para Rusia!...

GOYA. Don Gaspar no se ha embarcado...

PRINC. (Sacándole de la mano.)

¡Salud al sabio ministro!

don Gaspar de Jovellanos!

TODOS. ¡Viva!...

JOV. ¡El Rey!...

CAP. ¡Perdón, señora!

PRINC. ¡No á mis piés, sino en mi brazos!

TIRANA. (¡Abate!)

ABATE. (¿Qué?)

TIRANA. (Yo cumpli.)

ABATE. (Pues yo atrás no me quedé;

y á general no llegué

porque á prior me metí.)

JOV. ¡Hijos míos, de entre escombros

la patria hay que levantar:

todos me habéis de ayudar,

que son débiles mis hombros!  
¡No basta un ilustre nombre,  
ni el poder de la palabra:  
vuestra dicha no se labra  
con la voluntad de un hombre!  
¡Cuando el mal de un vasto imperio  
es tan grave y tan profundo,  
sólo hay remedio fecundo  
con el dolor del cauterio!  
¡España, respira apenas!  
¿Sabéis cómo se levanta?  
¡Lavando ignominia tanta  
con la sangre de sus venas!  
Hoy la paz no me contrista:  
el día que ese cañón  
nos anuncie una invasión  
y una guerra de conquista,  
cada español, buen soldado,  
lavará su propio ultraje  
con heroísmo salvaje  
y España se habrá salvado.  
CAP. ¿Cómo la guerra soporta  
sin ejército entusiasta,  
ni jefes?

JOV. Los tiene. Basta  
el gran general ¡*No importa!*  
Ocho siglos con los moros  
supo luchar y vencer,  
la España que hoy llegó á ser  
el pueblo de *Pan y Toros*.  
¡Dios á los buenos cristianos  
no abandona en su amargura!  
¡El nos salvará!... os lo jura  
don Gaspar de Jovellanos.  
Que ya es la distancia corta,  
vertiendo sangre y tesoros,  
del pueblo de *Pan y Toros*  
á la España del *No importa*.

FIN DE LA ZARZUELA

## ADVERTENCIA

### A LAS COMPAÑÍAS DE PROVINCIAS

---

Por deferencia á los autores y á la empresa, se encargó mi buen amigo el Sr. Salas del papel de Pepe-Hillo: sin embargo, llegado el caso de desempeñarle un actor que no cante, puede sustituirse la pieza musical del acto primero con los siguientes versos:

CORREG. ¡Pepe-Hillo!..

PEPE-H.

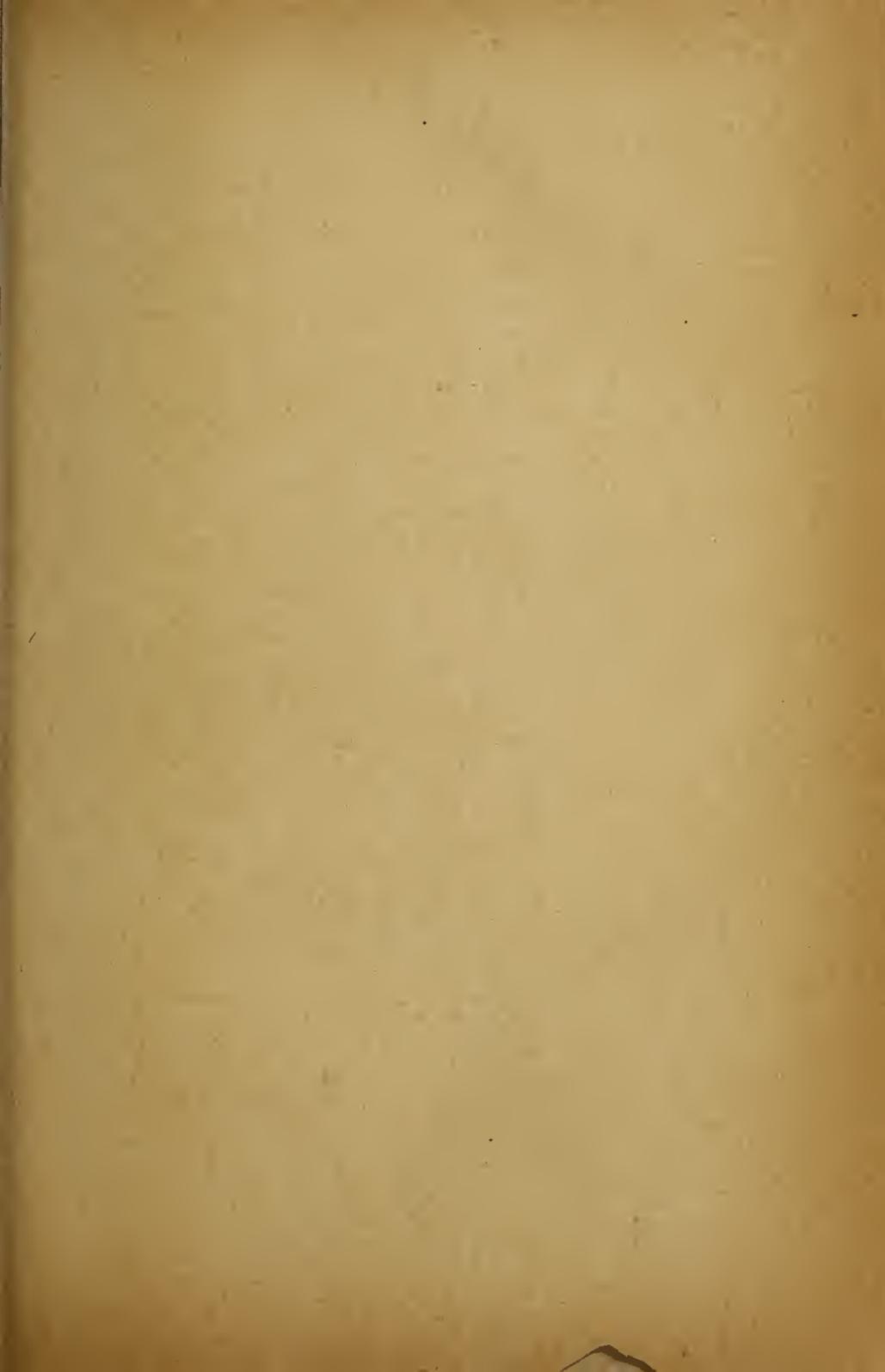
Costiyares

me desasnó pa lidiá,  
y he inventao, entre otras muchas,  
la suerte de capeá  
de esparda y á la verónica;  
y tanto ha sío mi afán  
de que naide me aventaje  
en mi nobre facurtá,  
que he resebio en mi cuerpo  
ventitré jería ya.  
Tres gitanas me han echao  
la ventura, y á pesá  
de desir que espicharé  
de veintisinco cornás,  
lo mesmo sargo á la plasa  
que si me fuera á estrená.  
Mi maestro ze aconceja  
hoy de mí: no digo más.

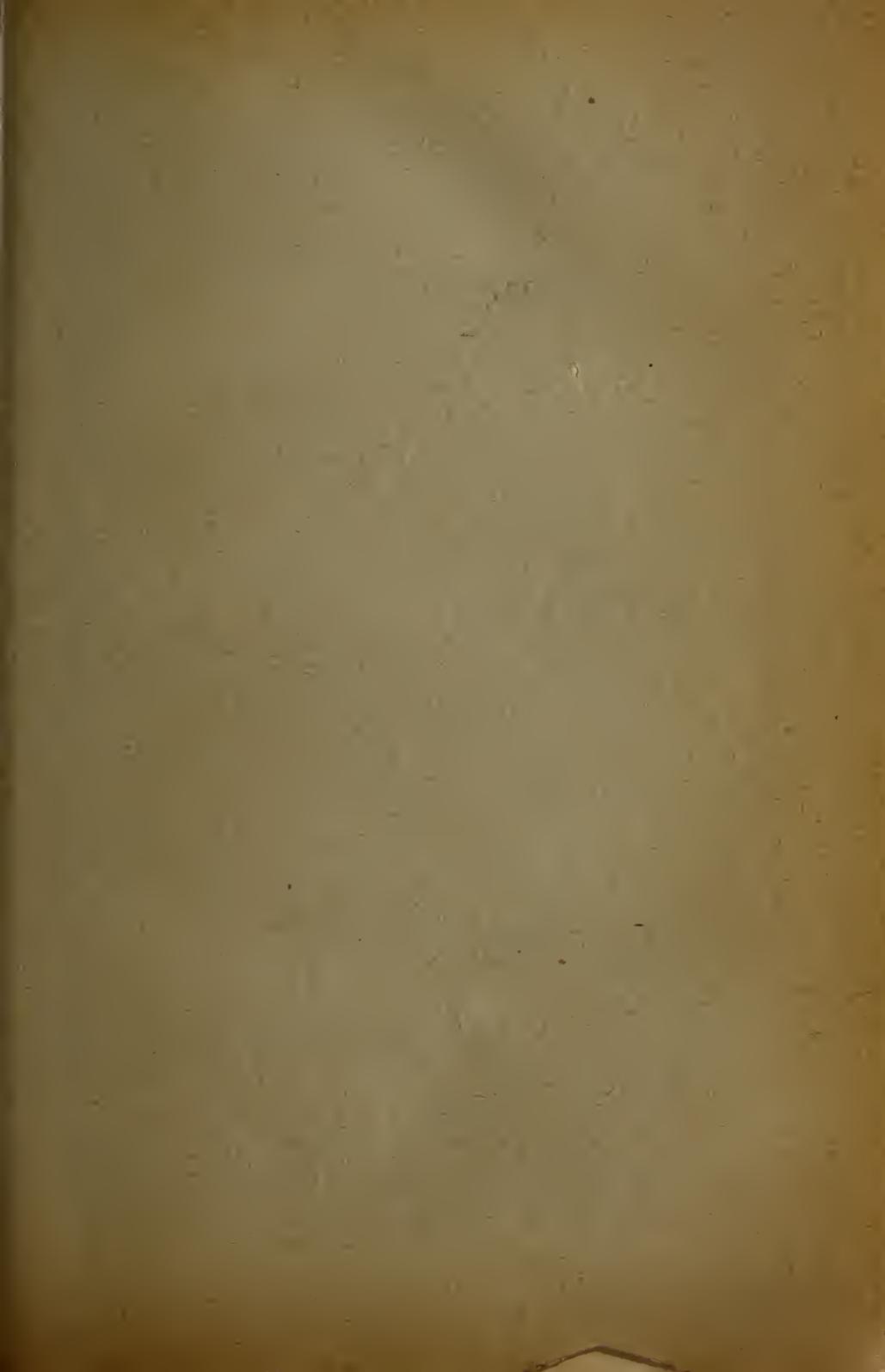
---

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada. Madrid 30 de Noviembre de 1864.—*El Censor de Teatros,*

NARCISO S. SERRA.







## PUNTOS DE VENTA

---

### MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Principe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

### PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.